

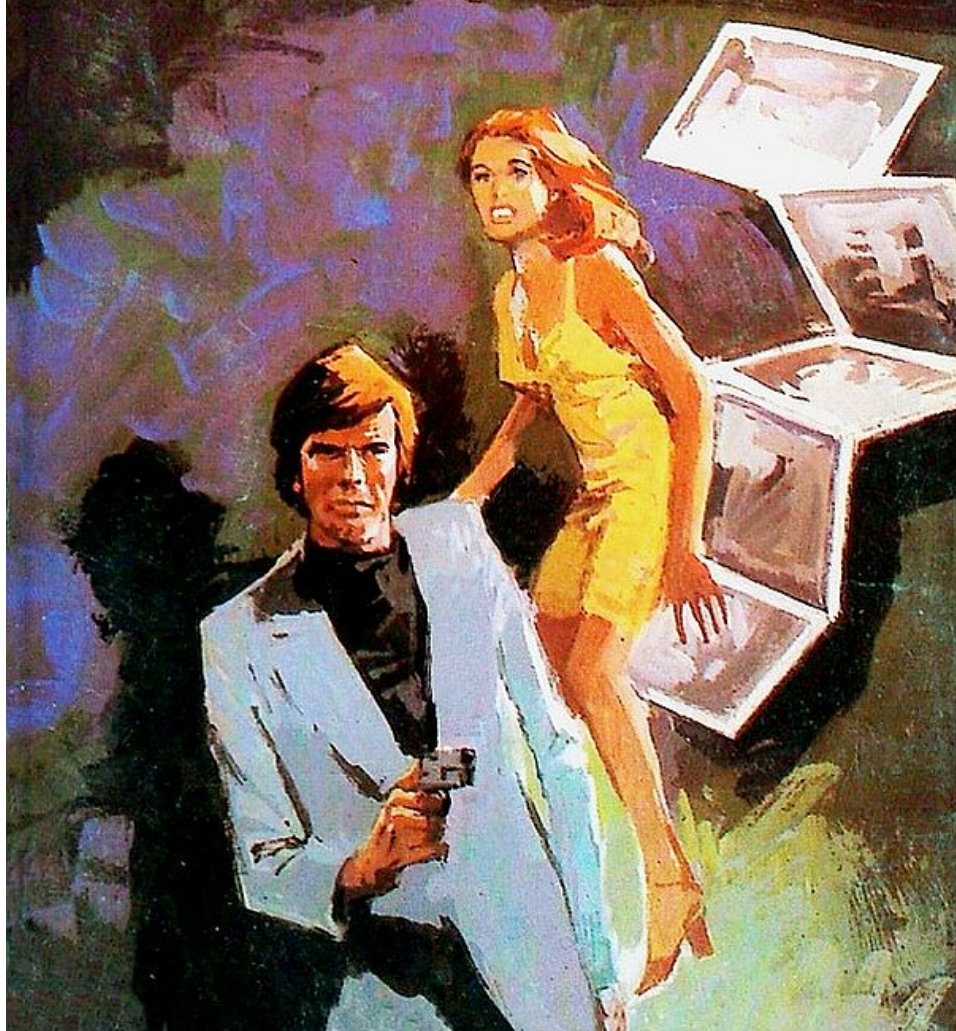
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

UNA PROJIMA DE CUIDADO

*Clark
Carrados*



La joven caminaba con pasos largos y fáciles, recta la espalda y levantada la barbilla. Era alta, delgada, de silueta perfecta y cabello intensamente negro. Vestía un traje bastante ajustado y la falda llevaba en el lado izquierdo una abertura, que le permitía más facilidad de movimientos en las piernas que habrían dado envidia a una «prima ballerina». Pendiente del hombro llevaba un bolso, suspendido por una correa y en todo momento ofrecía una rara sensación de firmeza y seguridad en sí misma.

Los pasos de la joven resonaban rítmicos en el silencio de la noche. Inesperadamente, un hombre surgió de las tinieblas de un callejón cercano y, arrojándose sobre la joven, la empujó hacia la pared.

Ella vaciló, sorprendida. Él consiguió arrastrarla hasta el interior del callejón. Entonces, la aplastó de nuevo contra la pared y apoyó la punta de una navaja en su cuello de cisne.



Clark Carrados

Una prójima de cuidado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1669

ePub r1.0

Lds 02.12.17

Título original: *Una prójima de cuidado*

Clark Carrados, 1982

Cubierta: Desilo

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1669. Bruguera – 1982

Colección PUNTO ROJO n.º 20. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La joven caminaba con pasos largos y fáciles, recta la espalda y levantada la barbilla. Era alta, delgada, de silueta perfecta y cabello intensamente negro. Vestía un traje bastante ajustado y la falda llevaba en el lado izquierdo una abertura, que le permitía más facilidad de movimientos en las piernas que habrían dado envidia a una «prima ballerina». Pendiente del hombro llevaba un bolso, suspendido por una correa y en todo momento ofrecía una rara sensación de firmeza y seguridad en sí misma.

Los pasos de la joven resonaban rítmicos en el silencio de la noche. Inesperadamente, un hombre surgió de las tinieblas de un callejón cercano y, arrojándose sobre la joven, la empujó hacia la pared.

Ella vaciló, sorprendida. Él consiguió arrastrarla hasta el interior del callejón. Entonces, la aplastó de nuevo contra la pared y apoyó la punta de una navaja en su cuello de cisne.

—Guapa, no te muevas o será peor —dijo.

La joven permaneció inmóvil, mientras el hombre, con la mano libre hurgaba por debajo de sus faldas, sonó una risa baja, de tonos evidentemente complacidos.

—Estás como para devorarte viva —añadió el sujeto.

Ella parecía abrumada por la sorpresa. Todo parecía que se iba a consumir la violación. Inesperadamente, la mano izquierda de la joven se alzó y apartó la navaja.

El hombre gruñó. Ella movió ambas manos velocísimamente, agarró el brazo masculino, hizo un rápido volteo y el hombre salió disparado hacia atrás.

En la caída, el frustrado violador perdió la navaja. Sin embargo, era un tipo robusto y, además, se hallaba enfurecido por la

inesperada reacción de su víctima.

Levantándose de un salto, cargó contra la joven. Ella le recibió con sendos golpes de karate, que lo hicieron retroceder, tambaleándose, hasta la pared opuesta.

Pero, aun así, el sujeto no desistía y, por tercera vez, volvió a la carga. La joven golpeó primero su vientre con el filo de la mano izquierda; luego, agarrándole el brazo, le hizo dar una segunda voltereta por los aires.

—A ver si así tienes bastante —dijo entre dientes.

El violador cayó de espaldas, con los brazos extendidos. Los dedos de su mano tocaron la navaja perdida momentos antes.

Estaba ciego de cólera por haber sido derrotado por una mujer. Ahora ya no le importaba tanto la satisfacción de sus instintos, como la venganza. Le rajaría la tripa, le cortaría los senos...

Asió la navaja, se sentó primero y luego se levantó de un salto. El metal brilló siniestramente en la oscuridad del callejón y la joven captó aquel chispazo.

—¡Al carajo! —exclamó.

Metió la mano en su bolso, sacó un revólver y pegó un tiro al violador.

El estampido sonó atronador en aquel angosto recinto. El violador lanzó un grito de angustia, soltó el arma y se arrodilló con las facciones contraídas por el dolor, a la vez que se agarraba el hombro herido con la mano.

—Maldita, llevabas una pistola... Eso se avisa... —protestó.

La joven se echó a reír.

—Claro, preferirías que te hubiese dado a ti el revólver, para que me amenazases más a gusto, mientras me violabas, ¿verdad?

De pronto, alguien aplaudió en las inmediaciones.

—¡Bravo, una buena pelea, sí, señor! —dijo un hombre.

La joven se volvió instantáneamente.

—Tengo un revólver en la mano, señor. Si no viene en son de paz, será mejor que se marche, porque estoy dispuesta a usar el arma.

—Lo he comprobado, señorita Donner —contestó el desconocido, mientras se acercaba al lugar de la pelea—. Puedo garantizarle la rectitud de mis intenciones; gozar de una mujer contra su voluntad no es precisamente una de mis debilidades.

—Lo celebro —dijo ella—. Parece que usted me conoce...

—A decir verdad, iba siguiéndola —declaró el recién llegado.

—¿Me seguía?

—Sí. Entonces vi a este energúmeno que la atacaba y pensé en intervenir, pero me di cuenta muy pronto de que es usted una mujer que sabe defenderse sin necesidad de ayuda ajena. Entonces me quedé a presenciar un espectáculo como jamás había visto hasta ahora.

—De modo que estaba viendo cómo esta bestia de dos patas pretendía ultrajarme y usted estaba ahí, mano sobre mano, sin hacer nada —se indignó ella.

—Señorita Donner, de haber ayudado a alguien, lo hubiera hecho a este pobre imbécil. Siempre que los motivos de su ataque hubieran estado justificados, naturalmente. Me gusta ayudar al débil, créame.

—Está bien, dejemos esto. Usted me conoce, pero yo no sé todavía su nombre.

—Stephen Harrenstone Bend, a su servicio, señorita Donner —se presentó él.

—¡El caballero detective! —exclamó Muriel, atónita.

—Un apelativo totalmente inmerecido, señorita, habida cuenta de que no soy un profesional como usted y sólo intervine en un caso y aun ello en buena parte contra mi voluntad.

—Fue un caso sonado, señor Bend.

—No lo niego...

El herido protestó en aquel momento.

—Pero ¿es que se van a pasar la noche charlando como dos cuervos borrachos, en lugar de llamar a un médico?

Bend se volvió hacia el violador, que estaba sentado en el suelo y se apretaba el hombro con la mano del otro lado.

—Muriel, ¿por qué no le vuela los sesos? —sugirió—. Éste es el tipo al que la policía persigue hace meses. Ha cometido ya, al menos, siete violaciones y a tres de sus víctimas les causó heridas graves cuando se resistieron a sus asaltos. ¿No le parece que sería una manera muy eficaz de contribuir a la lucha contra la delincuencia en las grandes ciudades?

—¡No, por Dios! —chilló el sujeto, despavorido—. No me maten...

El aullido de una sirena policial se dejó oír en aquellos instantes. Bend movió el pie derecho y lo estrelló contra el rostro del violador, quien se desplomó en el acto.

Luego agarró la mano de la joven y tiró de ella.

—Venga, Muriel —dijo—. Aunque usted tenía toda la razón al defenderse, si ahora la sorprendiesen los policías, tendría que declarar, se vería envuelta en una desagradable publicidad y... En fin, lejos de este lugar podré explicarle con toda tranquilidad por qué la estaba siguiendo.

La joven se dejó llevar. Corrieron a lo largo del callejón y salieron fuera, doblando la esquina inmediatamente, justo en el momento en que el faro móvil del coche patrulla iluminaba la silueta del sujeto caído en el suelo.

* * *

Bend puso *whisky* en dos vasos y entregó uno a Muriel. Ella estaba sentada en un diván de diseño estremecedoramente futurista y todavía no había salido de su sorpresa al verse en el lujoso apartamento del hombre.

—Por nuestro conocimiento mutuo, Muriel —dijo él.

Los ojos de Muriel estudiaron a su anfitrión, un hombre de unos treinta años, ancho de hombros, aunque no alcanzaba los ciento ochenta centímetros. Bend tenía el rostro tostado y sus facciones parecían talladas a hachazos. Cuando no sonreía, casi parecía feo.

Las manos del joven eran enormes y ella sabía que poseía una fuerza prodigiosa, a pesar de lo cual no daba la sensación de torpeza en ningún momento ni tampoco parecía un bruto fiado solamente en su potencia muscular. Él, sin embargo, adivinó sus pensamientos y se echó a reír.

—En estos momentos piensa que yo estaría mejor vestido con pieles sin curtir y un hacha de piedra en la mano, ¿verdad?

—No, en absoluto. Lo que pensaba de usted era que andaría por ahí recogiendo materiales para sus pinturas en la cueva, ya sabe, grasa de animales, bermellón, ocre, negro de humo de huesos calcinados y, naturalmente, pelos de la cola de algún bisonte, para usarlo como pincel.

—Bueno, en cierto modo, esas ideas se aproximan bastante al

motivo de nuestro encuentro —contestó Bend.

—Todavía no me lo ha dicho, pero más me gustaría, sin embargo, me explicase por qué me seguía —rogó Muriel.

—Fue al teatro y yo la vi a la salida. Entonces fue cuando se me ocurrió la idea de que podía convertirse en mi asociada, aunque sea temporalmente, pero me pareció que seguía a alguien y no quise obstaculizar sus movimientos.

No, no seguía a nadie, por lo menos, después de entrar en el teatro. Vi entonces que el sujeto objeto de mi persecución era inocente y decidí relajarme contemplando la función. Ya no tenía motivos para ir detrás de él una vez fuera del teatro.

—Entonces, ¿da por concluido ese caso?

—Indudablemente. Mañana informaré a mi cliente, le enviaré la factura y...

Menos mal, así no tengo que proponerle que abandone el caso. El que le voy a ofrecer es para usted inédito por completo.

—Mi tarifa son quinientos diarios, más gastos y un mínimo de cuatro días, aunque sólo tarde dos horas en la investigación —informó Muriel fríamente—. Pero, me imagino, a un hombre de su clase, el dinero debe de importarle muy poco. No hay más que ver el lujo de que se rodea —movió el brazo circularmente—. Seguramente, lo envolvieron en pañales de raso al nacer, ¿verdad?

—Y tuve hadas por madrinas y un rey muy poderoso como protector —contestó él, sonriendo—. Bueno, yo no tengo la culpa de ser... moderadamente adinerado, Muriel. Mi padre ganó una fortuna...

—Y usted la dilapida estúpidamente. Bien, pero no estoy aquí para discutir temas digamos sociológicos o sociopolíticos. Cada uno puede hacer con su dinero lo que le parezca, pero ya conoce mi tarifa. Si quiere que trabaje para usted, deberá darme dos mil dólares por adelantado y luego me firmará un contrato de acuerdo con las condiciones que impongo a todos mis clientes.

—¿Permite un momento? —dijo él.

Bend se acercó a la joven, apoyó el índice en su pecho y apretó un poco, a la vez que simulaba escuchar.

—Sí, tiene una caja registradora por corazón —añadió—. Conforme, le abonaré sus honorarios, pero se los descontaré de la recompensa total, que, lógicamente, dividiremos en dos partes

iguales.

—¿Qué recompensa? —inquirió Muriel, extrañada.

—La que nos darán por, recuperar una maravillosa joya de orfebrería, valorada en dos millones y medio de dólares.

CAPÍTULO II

Muriel agarró el vaso y lo vació de un trago.

—Bromea, señor Bend —dijo.

—Llámame Steve, como todo el mundo —indicó él—. Y no es broma, sino la más cruda realidad. ¿Has oído hablar alguna vez de Benvenuto Cellini?

—Sí, claro. ¿Alguna obra suya?

—En oro y adornada con algunas piedras preciosas en la base, que es una especie de bandeja circular, plana por debajo y con una superficie irregular por arriba, para imitar el suelo de un lugar al aire libre.

—¿Nada más?

Hay tres desnudos femeninos, cada uno de ellos de unos treinta y cinco centímetros de altura. Rubens pintó la escena.

—*Las tres gracias* —adivinó Muriel en el acto.

—Exacto —confirmó él—. Cellini realizó esa obra a principios del siglo XVI y su valor es inmenso. El oro pesará unos cinco kilos...

—Cien mil dólares, si se tratase de lingotes —dijo ella.

—Más las joyas preciosas, más lo que se pudiera tasar la obra, que es incalculable. Pero, en fin, toda obra de arte ha de ser tasada de alguna forma y *Las tres gracias* vale dos millones y medio. La recompensa que me darán será el diez por ciento de esa suma. La mitad para ti, Muriel.

—Ciento veinticinco mil dólares.

—Te dieron premio extraordinario en matemáticas, ¿eh?

—Es un cálculo de primaria —contestó Muriel—. ¿A quién se la han robado?

—Permíteme que me calle por el momento —dijo Bend—. El dueño no quiere publicidad.

Ella chasqueó los dedos.

—Exportación ilegal y entrada bajo mano en el país —sonrió.

—Dejemos eso. La obra ha sido robada y el dueño quiere recuperarla. Somos viejos amigos y me llamó para que le solucionara el problema. No puede informar a la policía...

—Sin duda, para evitar problemas judiciales.

—En parte, sí, pero, por otro lado, es un tipo relativamente poco conocido.

—Si tiene dinero, lo conocerán...

—Muriel, perdona, pero aún te falta algo de experiencia. En este país hay muchísimas personas que tienen enormes fortunas y que viven normalmente, sin demasiados lujos. Por supuesto, disfrutan de comodidades y hasta tienen una segunda residencia y una embarcación para practicar deporte... pero eso es hoy corriente en el país.

—Sí, tienes razón. Bueno, tu amigo no quiere que el asunto se haga público. ¿Tiene alguna idea de quién pudo ser el ladrón?

—Sospecha de dos personas, pero no está muy seguro. Yo te daré sus nombres y empezarán a investigarlos. Mientras tanto, yo me ocuparé de otro asunto, aunque relacionado con el caso.

—Steve, resultaría muy conveniente tener una fotografía de la obra robada —dijo ella.

—Suponía que lo pedirías —sonrió él—. Bien, te daré la fotografía y también un anticipo por dos semanas de tu tiempo.

—No necesito tanto...

—Aparte de la recompensa, mi amigo me ha dado una suma generosa para gastos. Te firmaré un cheque por siete mil dólares ahora mismo.

—Si no llevase faldas, ahora mismo darla un par de volteretas en honor de tu amigo.

—Puedes hacerlo sin reparo alguno —contestó él.

—No puedo. Llevo medias y liguero.

—Eres una mujer atrasada.

—Son prendas muy atractivas...

—La moda, ahora, es llevar ligas, como a principios de siglo.

—Lo tendré en cuenta —rió Muriel.

—Avísame cuando te las pongas; no querría perderme el espectáculo por nada del mundo.

—Me parece que acabaré poniéndome leotardos...

—¡Horror! Una prenda espantosa... Bien, te firmaré el cheque de *Las tres gracias*. Si averiguas algo, tengo grabadora automática en el teléfono.

—Perfectamente.

—Tú sigues viviendo en el seis mil seiscientos cincuenta y dos de Seaview Road, ¿verdad?

—Sabes muchas cosas de mí, Steve —dijo ella.

—Más de lo que te imaginas —respondió Bend.

* * *

Subió la escalera cautelosamente, llegó ante la puerta y escuchó con atención durante unos momentos. Luego, bruscamente, hizo girar el pomo, abrió y entró en la habitación como un huracán.

El hombre que colgaba el teléfono en aquel momento lo soltó como si fuese una serpiente venenosa y trató de huir. Bend lo alcanzó en dos saltos, lo agarró por el cuello de la chaqueta y tiró de él, lanzándolo a continuación sobre un diván.

—No trates de escapar, Pete —dijo duramente—. Tú y yo tenemos que charlar un poco.

—No sé nada —contestó el otro en el acto.

Bend sonrió.

—Pete Masters, alias el Ciempiés, «afanador» de carteras en el «metro» cuando las cosas van mal, «reventador» de pisos en ocasiones... y traficante de droga casi siempre —dijo.

Bruscamente, estiró las manos y las metió en los dos bolsillos de la chaqueta de Masters. Tiró a la vez y varias bolsitas de plástico, llenas de una sustancia blanca, cayeron al suelo.

—Pete, ¿qué diría la policía si te encontrase cargado de «nieve»? El sujeto estaba lívido.

—De acuerdo, hablaré, pero no diga nada...

Bend sonrió.

—Sabía que te avendrías a razones —dijo—. Han robado un disco de oro, con tres figuritas, adornado con algunas piedras preciosas. Las figuras son mujeres desnudas y tienen algo más de un palmo de altura.

A un tipo como Masters, pensó el joven, no valía la pena entrar

en explicaciones sobre la vida y el arte de Benvenuto Cellini. Aquella descripción era más que suficiente para que se enterase de las características de la joya robada.

—¿Tres tías en pelotas encima de un disco de oro? —dijo el sujeto.

—Sí, exacto.

—He oído algo, pero no estoy seguro... ¿Por qué no le pregunta a Pa Wilkinson?

—¿El dueño de la frutería de la esquina?

Masters soltó una risita burlona.

—A veces, vende naranjas con una piedra preciosa dentro —dijo.

—Es un «perista», ¿eh?

—De lo fino, señor Bend. Ya le digo que sólo son rumores... Yo no me ocupo de cosas tan gordas, pero si alguien sabe algo, es Pa Wilkinson.

—Muy bien, lo tendré en cuenta, Pete.

—Oiga, yo creo que la información bien vale veinte «pavos» —pidió Masters.

Bend tocó las bolsas de droga con la puntera del zapato.

—Ya se los sacará a algún idiota —contestó.

—Esto sí que es «cantar» por nada —se lamentó Masters.

—Así te ahorras cuatro o cinco años de «trena», idiota.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—¡Pete! —gritó alguien descompuestamente—. Abre, maldita sea...

Bend miró a derecha e izquierda y se retiró hacia el interior del cochambroso apartamento.

—Pete, cierra el pico y no digas nada —ordenó.

Masters asintió. Casi en el mismo momento, alguien abrió la puerta de un tremendo puntapié.

—¡Pete, hijo de perra! —aulló el recién llegado—. Lo que me vendiste el otro día era harina y azúcar nada más...

—A mí me engañaron, tú —se defendió Masters.

—Te engañaron, ¿eh?

El recién llegado vio de pronto las bolsas esparcidas por el suelo y se arrojó sobre ellas. Masters intentó apartarle a patadas y puñetazos. Entonces, el otro pareció enloquecer.

Sacó un revólver y disparó tres veces, a un paso de distancia. Masters chilló agudamente, se retorció como presa de un ataque epiléptico y acabó cayendo sobre el diván. El drogadicto recogió las bolsas y escapó a la carrera, profiriendo palabras ininteligibles.

Bend volvió a la sala. Miró a Masters y movió la cabeza.

—Si hicieran lo mismo con todos vosotros, malditos traficantes... —rezongó.

En el edificio se había producido un escándalo fenomenal. Bend juzgó prudente emprender una discreta retirada. La escalera de incendios era la mejor vía de escape.

* * *

El hombre tenía unos sesenta años, era cargado de hombros y su cráneo aparecía completamente liso, a excepción de una aureola de pelo blanco que le circundaba la parte posterior de la cabeza. Sobre su nariz ganchuda cabalgaban unos lentes ovalados, montados al aire. Una de las patillas estaba rota y había sido empalmada con un trozo de cinta aislante.

Entró en el despacho y se detuvo en seco al ver a un intruso, que hacía saltar una manzana en la palma de la mano. Encima de la mesa había tres manzanas más y seis naranjas.

—Hola, Pa —sonrió Bend—. ¿Cuánto vale esta fruta?

—Deje eso —gruñó Wilkinson—. Es fruta para mi consumo particular. La elijo cuidadosamente de las que me traen del Mercado Central...

—Por lo visto, le gusta tomar perlas, diamantes, rubíes y esmeraldas en el postre.

Bend sacó una navaja y amenazó con partir la manzana.

—¿Le parece bien que echemos un vistazo a lo que hay dentro?

Wilkinson se pasó una mano por el rostro.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó roncamente.

—Un «camello», aficionado a dar gato por liebre a sus clientes.

—El Ciempiés.

—Exacto.

—Se lo cargó un cliente...

—Le había vendido harina y azúcar a precio de «nieve» —sonrió Bend.

—Bueno, dejemos esto. ¿Qué quiere?

—La joya de las tres mujeres desnudas sobre el disco de oro. Wilkinson apretó los labios.

—He oído mencionar el asunto —dijo.

—¿No la tiene usted?

El «perista» fue a una consola y sirvió dos copas.

—Yo trabajo con más modestia —respondió.

—Las diez piezas de fruta que estoy viendo no indican modestia precisamente —objetó Bend.

—Bah, cincuenta mil «pavos», a lo sumo. En cambio, si yo pudiera hacerlo, no pagaría menos de tres millones... uno por cada diosa.

—Ah, conoces la mitología.

—Y a Cellini. ¿Un trago, Steve?

—Venga, Pa. Estoy viendo que nos vamos a entender. ¿Qué noticias me da sobre el asunto?

—Sé de un coleccionista inmensamente rico y muy caprichoso. Es posible que él lo haya encargado.

—¿Cómo se llama?

—Alan Crailsh Dundee.

Bend frunció el ceño.

—No me suena como sospechoso —dijo.

—No lo afirmo, pero es muy posible que tenga algo que ver con el robo de *Las tres gracias*.

—Pero él no lo habrá realizado, claro.

—Oh, no, en absoluto. Lo habrá encargado...

Wilkinson se interrumpió para beber un trago. Luego se limpió los labios con el dorso de la mano y continuó:

—Tengo dos fulanos en lista. *Hack* Leinster y Rom Garth, *el Halcón*. Crailsh ha tenido que encargárselo a uno de los dos. Son los mejores en el oficio.

—Muy bien, lo tendré en cuenta. Ahora, Pa, dígame, ¿cuánto me pagaría por este rubí? Bend sostenía la piedra preciosa con el índice y el pulgar. Wilkinson sacó un antejo de relojero y la examinó durante unos instantes.

—¿Por qué la vende? —preguntó al fin—. A usted no le hace falta el dinero...

—Las apariencias engañan, Pa —dijo el joven—. Mi casa vale

mucho, pero necesito contante.

—¿De dónde ha salido el pedrusco, Steve?

—¿Lo compra o no?

Wilkinson comprendió que el joven no quería declararle el origen de la piedra.

—Cinco mil —dijo.

Bend se echó el rubí al bolsillo.

—Adiós, Pa.

—Aguarde un momento —pidió el «perista»—. No tan de prisa; puedo darle cinco mil quinientos...

—Soy un niño de teta y me chupo el dedo —contestó el joven burlonamente.

—Seis mil.

—Doce mil y vale tres veces más.

—Esto va a ser mi ruina —gimió Wilkinson—. Ocho mil, no puedo pagar un centavo más...

—Venga a llorar en mi hombro, Pa. Desahogue su aflicción...

—Te daré unos alicates y me arrancarás toda la dentadura en vivo. Me dolerá menos. Nueve mil.

—Hijo de... Alá —rió Bend—. Pongamos diez y cerremos el trato, ¿eh?

—¿No te contrató la Gestapo una vez para torturar a sus detenidos? —dijo Wilkinson amargamente.

Abrió la caja fuerte, sacó un enorme fajo de billetes, contó la suma acordada y se la entregó al joven.

—Ahí tienes y ojalá te sirva de emético —dijo.

—Mi sistema digestivo funciona perfectamente. Gracias por todo, Pa.

Bend se marchó. Al quedarse solo Wilkinson contempló satisfecho la piedra.

Su visitante estaba equivocado. Valía lo menos cincuenta mil y no los treinta y seis mil anunciados.

Había pagado diez mil y la vendería por treinta o cuarenta mil. «Un buen negocio, sí, señor», pensó.

Se sirvió una copa y luego buscó un cuchillo.

Una por una, abrió todas las manzanas. Luego la emprendió con las naranjas. Cinco tenían cada una un hermoso pedrusco. Una de ellas estaba vacía.

Wilkinson contempló el hueco en que debía haber una piedra preciosa. Al cabo de unos instantes, acometido por una horrible sospecha, cogió el rubí con unas pinzas y lo situó en el hueco.

Encajaba exactamente. Wilkinson lanzó un rugido de rabia.

Luego empezó a darse de bofetadas. Los diez mil dólares perdidos le escocían horriblemente, pero aún resultaba más humillante saber que él, un individuo de astucia poco común, había sido engañado como un chiquillo.

Y lo malo era, reconoció, cuando se calmó un poco, que no podía hacer nada contra Bend.

Tendría que cargar la suma entregada en la cuenta de pérdidas y ganancias.

CAPÍTULO III

Detuvo el automóvil en las inmediaciones del edificio, se apeó, cruzó la acera y penetró en la casa. Cuando atravesaba el vestíbulo, oyó una voz que pronunciaba su nombre.

—¿Señor Bend?

El joven volvió la cabeza.

—Sí —contestó.

El conserje se le acercó.

—Tengo un recado para usted, de la señorita Donner.

—Ah, no está en casa.

—No, señor, salió muy temprano...

—Es curioso —observó Bend—. Hablé con ella anoche, por teléfono, y me citó para esta hora.

—Lo siento, señor, sólo sé que ha salido y...

—Muy bien, deme el mensaje, por favor.

—La señorita Muriel me dijo: «Dígale al señor Bend, cuando venga, que me voy de vacaciones al Norte. El número de teléfono es Oeste 23-44».

—Muy bien, no entiendo nada, pero gracias de todos modos —sonrió Bend—. Oiga, usted me ha conocido...

—He visto su fotografía algunas veces en los periódicos, señor —respondió el conserje. Bend puso un billete de cinco dólares en la mano del hombre.

—Agradecido, amigo —dijo, y ya se disponía a marcharse, cuando el conserje volvió a llamar su atención.

—¿Señor?

—Dígame —contestó Bend cortésmente.

—Perdone, señor Bend; no es de mi incumbencia, pero la verdad es que la señorita Muriel se fue en compañía de dos sujetos que no

me gustaron nada en absoluto. Ya sé que, a veces, debe tratar con gente poco agradable, pero... En fin, se lo digo por si le sirve de algo.

Bend frunció el ceño.

—¿Dice que salió con dos hombres?

—Sí, señor. Ella iba en medio y estaba muy pálida, aunque sonreía como de costumbre... ¡Es un ángel, señor!

«Algunos dirán que es una prójima de cuidado», pensó Bend, al recordar al violador herido.

—Serían amigos suyos, supongo —dijo.

—Oh, sí, parecían muy contentos y bromeaban y se contaban chistes. Había uno que parecía ir a partirse de risa en cualquier momento. Debía de ser porque en ese momento, no se miraba al espejo. De lo contrario, creo que se habría desmayado de verse a sí mismo.

—¿Era feo?

—De película de miedo, señor. Cejas como cepillos, casi sin nariz, picado de viruelas, con el labio superior hendido, calculo que por una cuchillada... El pelo de su cabeza parecía el de un jabalí...

Thor Buffing *el Apolo*, identificó Bend en el acto. Algún humorista le había puesto aquel apodo, precisamente como contraste, y el sobrenombre había tenido tal éxito, que apenas si usaba ya el nombre auténtico.

El otro sujeto ya no tenía importancia. Había identificado a uno de ellos y era más que suficiente para saber lo que ocurría a Muriel.

—Son buenos chicos, no se preocupe —dijo, para tranquilizar al conserje.

Pero él no se sentía precisamente tranquilo, porque ahora sabía que Muriel había sido secuestrada, aunque ignoraba los motivos. Ella, sin embargo, le había dejado una pista: un rumbo y un número de teléfono.

De vuelta en su casa, rumió el mensaje durante un buen rato. Al fin, se levantó, buscó un mapa, un compás, un lápiz y una regla y empezó a hacer unos cálculos.

Muriel no iba a indicar la dirección auténtica delante de sus propios secuestradores. Por tanto, se habían dirigido al Sur. En cuanto al número de teléfono, estaba bien claro que se trataba de unas coordenadas geográficas.

—Diez minutos más tarde, había localizado el lugar donde se hallaba la joven.

* * *

Estaba tendida en la cama, atada de pies y manos, aunque, por fortuna, no amordazada. Para mayor seguridad, habían atado uno de sus tobillos a una argolla empotrada en la pared.

Muriel se sentía furiosa. A pesar de que solía ser muy precavida, había abierto la puerta de su casa sin molestarse en ver por la mirilla al que llamaba. Pensaba que sería Bend y su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con dos sujetos, ambos armados con sendas pistolas. La sorpresa le impidió reaccionar y cuando quiso hacer algo, era ya tarde.

Los secuestradores conocían sus habilidades. Apolo le dijo:

—Muñeca, podrás derribar a uno, pero el otro te agujereará ese lindo pellejo a la altura del estómago. Ven con nosotros tranquilamente y no te sucederá nada.

Muriel se había resignado a lo inevitable. Cuando preguntó por los motivos del secuestro, le contestaron que ya lo sabría en su momento. Ofreció dinero, pero ignoraron olímpicamente su propuesta.

Y ahora estaba allí en un lugar por completo apartado de la civilización. Pero sus secuestradores habían cometido un error.

Uno de ellos había hablado por teléfono desde su mismo apartamento y había dado una dirección. Ella había adivinado inmediatamente el lugar al que se dirigían. El error podía ser de dos o tres kilómetros, pero tenía una memoria excepcional y pudo situarlo sin demasiadas dificultades.

Ahora ya sabía que se trataba de un secuestro por encargo, pero no podía adivinar qué era lo que pretendía la persona que había ordenado el rapto. Se preguntó si Bend sería lo suficientemente listo para descifrar el mensaje que había dado al conserje en presencia de los secuestradores.

Habían sido dos en un principio, pero ahora había cuatro. Podía oírlos claramente en la habitación contigua, mientras charlaban y reían, seguramente, en torno a una botella, con las cartas en la mano.

Hizo un esfuerzo para aflojar las ligaduras de las muñecas. «Con un poco de paciencia», pensó.

Iba a salir en compañía de Bend y se había preparado adecuadamente. Vestía chaleco, blusa y pantalones, y, por fortuna, Apolo y su compinche se habían portado muy cortésmente con ella y no la habían registrado.

Trató de encoger las piernas, a la vez que se ladeaba. En la pantorrilla derecha tenía un cuchillo, con su funda, sujeto por dos cintas elásticas. Era preciso que lo alcanzase a cualquier precio.

Apretó los dientes, mientras trataba de forzar la tensión de las cuerdas. De pronto, oyó fuera el sonido de la bocina de un automóvil y cesó en sus esfuerzos.

Las voces de los secuestradores cesaron en el acto. Muriel oyó el ruido de la puerta al abrirse. Alguien hizo una pregunta.

—Está ahí dentro —indicó Apolo.

Muriel aguardó serenamente. A los pocos segundos, vio que se abría la puerta.

Un hombre se hizo visible en el umbral. Llevaba un impermeable azul, sombrero oscuro, echado sobre la frente, grandes gafas de color y una espesa barba negra. Todo ello formaba parte de un disfraz, adivinó Muriel instantáneamente.

—Sin duda, usted me va a explicar por qué he sido secuestrada —dijo serenamente.

El hombre asintió.

—Tiene que decirme una cosa. No voy a añadir nada más, porque usted lo sabe de sobra...

—No sé dónde está lo que busca, si es a eso a lo que se refiere —cortó Muriel en el acto.

El desconocido sonrió.

—Aguarde un momento.

Salió de la habitación y volvió a poco, acompañado de un sujeto de aspecto horripilante. Era un hombre de unos treinta años, ojos saltones y expresión de imbecilidad congénita, que incluso babeaba.

Pero lo más espantoso de todo era que el barbudo lo sujetaba por una cadena que iba a un collar de cuero de tres centímetros de anchura y casi uno de grosor. Lo tenía encadenado como un mastín.

—Éste es Joe —dijo el barbudo—. Un pobre subnormal, retrasado mental, pero al cual he criado yo desde que era niño,

debido a ciertos lazos familiares, que no podía ignorar. Conmigo, Joe es manso como un gatito y me obedece con absoluta docilidad. Pero si le mando hacer algo, lo hará, sin importarle las consecuencias.

—Jeeeé... Jeeeé... —Hizo el tarado, a la vez que emitía una sonrisa chorreante de saliva.

—¡Apolo! —llamó el hombre de la barba.

—¿Señor?

—Sujeta la cadena un momento, por favor. Joe, no te muevas.

—Jeeeé... —contestó el deficiente mental.

El barbudo se acercó a Muriel y rasgó su blusa y el sostén, dejándole los senos al descubierto.

—Mira, Joe —dijo a continuación—. ¿Te gustaría disfrutar de esta chica tan preciosa?

El demente saltó hacia adelante. Apolo estuvo a punto de soltarlo, pero consiguió retener la cadena.

—¡Se me escapa! —aulló.

—¡Quieto, Joe! —gritó el barbudo.

Joe se inmovilizó en el acto. Muriel desfallecía de terror.

Nunca se había visto antes en una situación semejante. El barbudo vio la expresión de su rostro y sonrió perversamente.

—El pobre Joe siente una obsesión enfermiza por las personas de otro sexo. Si le dejase libre, a solas con usted...

La expresión del desconocido se hizo bruscamente dura, desabrida.

—Voy a concederle sesenta minutos de plazo para que se lo piense y acceda a darme la información que deseo. En caso contrario, créame, soltaré a Joe. ¿Lo ha entendido?

Muriel asintió. El hombre de la barba tiró de la cadena.

—Salgamos, Joe.

La puerta se cerró. Muriel se sintió empapada de sudor de los pies a la cabeza.

Si la hubiesen amenazado con la tortura física, podía haber aguantado hasta ciertos límites, pero aquello era superior a todo lo imaginable. Saber que podía quedarse a solas con el demente, le ponía los pelos de punta.

Porque no la soltarían y le resultaría imposible defenderse, pensó, llena de pánico.

—Joe, vamos a dar un paseo —dijo el de la barba—. Ustedes, quédense aquí y vigilen a la chica.

—Sí, señor —contestó Apolo.

Cuando los dos hombres hubieron salido, Apolo se pasó un pañuelo por la frente.

—Dios, qué bestia... —exclamó—. Tiene que sujetarlo con una cadena, como si fuese un perro de presa...

—¿Está seguro, Thor?

Apolo se volvió hacia el que había hablado y que estaba situado junto a una de las ventanas.

—¿Por qué lo dices, Bill?

Bill Ankrum señaló hacia el exterior.

—Mira —indicó.

Apolo se acercó a la ventana. A cincuenta pasos de la casa, el hombre de la barba y el demente reían y charlaban amistosamente. La cadena pendía suelta por la espalda del segundo, que se disponía a encender un cigarrillo en aquellos momentos.

—Por todos los diablos...

Ankrum se echó a reír.

—Un bonito truco, ¿eh? —dijo—. La verdad es que a mí se me ponía la carne de gallina cada vez que miraba a ese tipo.

—Pero ¿quién demonios puede ser? —exclamó otro de los secuestradores.

—¿Y qué importa? Ahora ya está claro. El loco es sólo un amigo suyo, que hace ese papel, para dar miedo a la chica y que se decida a «cantar». Nosotros no se lo vamos a decir, ¿verdad?

—Apolo, me da la sensación de que estamos metidos en un asunto de muchos miles —dijo Ankrum—. ¿Cuánto nos han pagado a nosotros?

—Dos mil por barba.

—Dos mil —repitió Ankrum con aire meditabundo—. Estoy pensando en una cosa.

—¿Sí?

—Tenemos pistolas. Cuando el tipo vuelva con su falso loco, se las enseñamos y le decimos que queremos parte de... de lo que sea. Un cincuenta por ciento. ¿Qué te parece?

Apolo asintió.

—No está mal pensado —convino—. A fin de cuentas,

arriesgamos veinte años de cárcel por dos mil cochinos «pavos».

—¿Y si se niega? —preguntó Hugh Partley, alias el Chino, debido a la oblicuidad de sus ojos, rastro seguramente de algún lejano antepasado oriental.

—Les pegamos cuatro tiros, los enterramos aquí mismo y luego hacemos nosotros el negocio con la chica —dijo Apolo.

—Ella puede negarse —objetó el cuarto miembro de la banda.

—Hablará, porque emplearemos algo mucho más eficaz que un tipo que se hace pasar por loco de atar.

El barbudo y su acompañante seguían fuera, ahora a unos doscientos pasos de distancia. Apolo se volvió hacia Ankrum.

—Anda, Bill, mira a ver cómo está la prójima.

—Es de mucho cuidado —rió Partley.

—Eso no le servirá de nada con nosotros, puedes estar seguro de ello.

Ankrum abrió la puerta. Muriel continuaba en la misma postura, con la cabeza doblada a un lado y los ojos cerrados. El forajido sonrió.

—No hay novedad —anunció, a la vez que volvía a cerrar la puerta.

Estaba equivocado. Muriel ya tenía el cuchillo en la mano.

CAPÍTULO IV

Cortar las ligaduras fue una tarea sumamente laboriosa, debido no sólo a su mala posición, sino al mismo nerviosismo que la invadía. Pero, al fin, consiguió liberarse.

Entonces abandonó el camastro y se puso en pie. Escuchó unos momentos, volvió el cuchillo a la funda y luego, con el más absoluto sigilo, abrió la ventana de la habitación.

El edificio era de una sola planta, con un semisótano hundido parcialmente en el suelo. Era una construcción sólida, elegante, pero no lujosa, situada en un paraje aislado y destinada, a los fines de semana y vacaciones de su dueño. Sin embargo, ella había podido observar que la cabaña estaba deshabitada desde hacía mucho tiempo.

Sin duda, el dueño había dejado de usarla, pero la había recordado para la ocasión. Como fuera, poco importaba ya; estaba libre y...

Saltó por la ventana y cayó en los brazos de un hombre situado al pie.

Una mano le tapó la boca instantáneamente. Otra la sujetó por el pecho.

—No grite —dijo él.

Los ojos de Muriel se abrieron desmesuradamente. «¡Steve!», gritó silenciosamente.

El joven sonrió.

—Me dieron tu mensaje, preciosa... Caramba —añadió a media voz—. ¡Qué cosas tan agradables estoy tocando! Parecen las manzanas doradas del jardín de las Hespérides...

Ella le arreó un puntapié en la espinilla.

—Deja de sobarme, maniaco sexual —protestó.

Bend se echó a reír.

—No esperaba que te librases tan pronto —dijo—. ¿Cómo lo has conseguido, pequeña?

Muriel trataba de reparar los desperfectos de su blusa.

—No me registraron —contestó—. Tengo un cuchillo atado a la pantorrilla derecha y pude cortar las cuerdas. Oye, el que encargó el secuestro está aquí, con un loco de atar, que soltará si no hablo.

Bend puso cara de idiota.

—¿Un loco de atar? ¿Lo soltará? ¿Qué demonios tratas de decirme? ¿Te han sometido a un lavado de cerebro?

—No seas bruto. Lo he visto, Steve. El hombre va disfrazado, no cabe duda, pero trajo consigo a un pobre tarado, al que tiene que llevar atado con una cadena, sujeta al collar que le ha puesto en torno al pescuezo.

—Increíble —calificó Bend.

—Lo he visto yo. Me dio una hora de plazo para que hable. Si no lo hago, soltará al loco... y ése sí que es un auténtico maniaco sexual.

—¡Jesús!, ¡las cosas que se ven hoy día en este perro mundo! —se asombró el joven—. Bueno, si tenemos al que ordenó tu secuestro, podemos hacerle hablar...

—Steve, los secuestradores son cuatro y todos están armados. Luego están el barbudo y su mastín loco. Seis, en total. Creo que lo más conveniente sería mover los pies y largarnos de aquí.

—Nada de eso, encanto. Yo me quedo; quiero saber en qué acaba la historia, es decir, por qué te secuestraron.

—El barbudo dijo que yo sabría decirle algo que yo sabía... Bien, me imagino que se trata de *Las tres gracias*, pero no tengo la menor idea de dónde pueda estar.

—Los amigos, a veces, le ponen a uno en compromisos que uno desearía evitar por lo más sagrado del mundo —rezongó Bend—. Le sale el dinero por las orejas y, no, tuvo que importar la obra de contrabando, para ahorrarse unos cientos de miles, que luego podría haber recuperado con deducciones de los impuestos sobre la renta...

—Y ahora, ha perdido la obra y si la recupera, pagará casi tanto como si hubiese solicitado un permiso legal de importación.

—Así es, aunque, bien mirado, tampoco podía hacerlo, porque

*Las tres graciass*alieron ilegalmente.

—De Italia, claro.

—No, de Alemania. Parece ser que Cellini hizo la obra para el emperador Carlos V y éste la perdió o la regaló o... Bueno, han pasado tantas cosas en Alemania durante cuatro siglos, que ya no se sabe a ciencia cierta quién es el dueño auténtico. Ni siquiera se puede afirmar que lo sea el que tenía la obra cuando la vendió a mi amigo.

—Pero a nosotros nos darán un cuarto de millón —dijo Muriel.

—Sí, desde luego.

Ella le miró de hito en hito.

—Oye, tú tampoco eres un mendigo, que yo sepa. ¿De veras necesitas esos cientos veinticinco mil dólares?

Bend lanzó una risa amarga.

—Si supieras la verdad...

—Fachada, ¿eh?

—Más de lo que te imaginas, pequeña.

—¿Quién lo iba a decir? —se burló Muriel—. Steve, yo...

La joven se calló, bruscamente interrumpida por el estampido de un arma de fuego que se había disparado en el interior de la casa.

Un segundo después, se oyó una verdadera tempestad de tiros.

* * *

El barbudo y su acompañante entraron de nuevo en la cabaña.

—Bueno, ahora vamos a ver si esa golfa quiere hablar... Las palabras se congelaron en su boca, al ver cuatro pistolas que le encañonaban simultáneamente. El otro levantó las manos en el acto.

—Maldita sea, *Hack*, tú no me dijiste que la cosa podía terminar así —se quejó.

Apolo soltó una risita burlona.

—Conque el pobre demente, al cual cuida usted desde que era un niño... Bill, quítale el disfraz, maldita sea.

Ankrum se acercó al hombre de la gabardina y, a tirones, le arrancó el sombrero, los lentes de color y la barba postiza. Apolo lanzó una burlona carcajada.

—Vaya, vaya, vaya... Miren quién está aquí, el buen *Hack* Leinster, presumiendo de millonario y acompañado por un pobre

diablo al que ha debido de pagar cincuenta centavos por desempeñar el papel de idiota. *Hack*, tú nos has engañado —continuó Apolo—. Éste es un asunto de mucha «pasta» y nos has despachado solamente con dos mil dólares por barba. Queremos la mitad del total, ¿me oyes?

—Escucha, Thor, yo actúo por cuenta de otra persona...

—No me vengas con historias. Te conozco bien y sé que cuando has corrido el riesgo de secuestrar a esa prójima, aunque nosotros hayamos hecho la parte más desagradable, es que el asunto vale un montón de «pasta». Así que empieza a hablar o nos quedaremos con todo el negocio.

—No sé nada...

La pistola de Apolo se volvió hacia el falso demente.

—Tú, idiota, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Jory Hubner, pero no sé nada... *Hack* me contrató para que hiciese el papel de tarado... Me pagó doscientos dólares...

—Por doscientos pavos, te dejaste poner un collar en el pescuezo —dijo Apolo despectivamente—. ¿No quieres contestar, *Hack*?

—Ya te he dicho que no sé nada. Ella tiene que hablar...

—Hablará, pero nos lo dirá a nosotros, puedes estar seguro de ello. Bill, ¿quieres soltarla y traerla aquí?

—Claro.

Ankrum cruzó la sala, abrió la puerta, dio un paso en el interior y lanzó un estridente chillido.

—¡No está!

El desconcierto se apoderó de los forajidos. Leinster aprovechó la ocasión y sacó un revólver.

Disparó un tiro. Partley se desplomó, chillando frenéticamente.

El compinche que tenía al lado, sacó su pistola. Una bala le alcanzó en medio de la frente antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo.

Hubner, aterrado, se tiró al suelo y escondió la cabeza en las manos. Apolo, enloquecido de rabia, sacó su pistola y vació el cargador en el cuerpo de Leinster.

Los disparos acallaron los rugidos de Leinster quien, involuntariamente, hizo su último disparo. Ankrum sacaba su pistola en aquel momento y recibió la bala en el corazón. Cayó instantáneamente, sin tiempo siquiera de gritar.

Partley se incorporó como pudo y, renqueando a causa de la herida que tenía en el muslo izquierdo, se encaminó hacia la puerta.

—Apolo..., yo me largo, ¿lo oyes?

El sujeto asintió sombríamente. Muriel había conseguido escapar, no se sabía cómo, pero podía afirmar que ya se hallaba muy lejos de aquel lugar.

Había abundancia de arbolado y demasiados accidentes en el terreno para que la chica no pudiera esconderse fácilmente. Con la banda completa, aún hubieran tenido alguna posibilidad de localizarla. Ahora sólo tenía a Partley y aun éste se hallaba herido y apenas si podía caminar.

—Sí, será mejor que nos larguemos —dijo ceñudamente—. A fin de cuentas, sé cómo encontrarla otra vez. Y la próxima, créeme, la haré hablar aunque tenga que sentarla desnuda sobre una cocina encendida.

* * *

Bend dio la vuelta a la casa, con grandes precauciones y el índice en el gatillo de su pistola. Momentos antes, un coche había partido a toda velocidad, pero no le había parecido prudente intentar detenerlo.

Dentro de la casa se oían gemidos. Avanzó poco a poco y se asomó a la puerta.

—¡Rayos, esto es un matadero! —exclamó.

—¡No dispare, no dispare! —gritó un hombre, todavía en el suelo—. Yo no tenía nada que ver con todo esto...

—Levántese, amigo —ordenó el joven—. Nadie le hará daño, puede estar seguro de ello. A menos que usted intente atacarme, claro.

—No, no, se lo juro...

Hubner estaba bajo los efectos de un verdadero ataque de terror. Bend comprendió que debía permitir que se tranquilizase por sí mismo.

Muriel llegó en aquel momento. Vio el horrible cuadro y cerró los ojos, a la vez que se apoyaba en una de las jambas de la puerta.

—Ha sido una verdadera matanza —calificó.

—Sí, se han matado entre ellos —confirmó Bend—. Dos

consiguieron escapar, aunque uno de ellos iba herido.

—Eh, el barbudo ha muerto también... ¡Y el demente está aquí, Steve! —grito Muriel de pronto.

—No soy un demente —sollozó Hubner—. Leinster me dio doscientos dólares por desempeñar ese papel...

—Vaya, esto sí que es una sorpresa. —Irritada, Muriel arreó una patada al sujeto, que aún continuaba en el suelo—. El miedo que me hiciste pasar, miserable...

Bend sonrió. Inclinandose, agarró la cadena y tiró con fuerza.

—Vamos, levántate, ahora no tienes que hacerte pasar por chiflado. Sólo tienes que decirnos una cosa... o colgaré la cadena del techo, sin soltar el collar, claro.

—No sé nada... Bueno, sé tan poca cosa... —se defendió Hubner.

—Sabías muy bien hacer el papel de subnormal maniaco —acusó la joven—. Steve, ¿qué le vas a preguntar?

—Leinster te contrató para el papel, es evidente —dijo Bend—. Pero ¿te contó algo sobre los motivos por los que tenías que hacerte pasar por un pobre idiota?

—No, no me lo dijo. Fue a buscarme al

Red & Black

y me indicó lo que debía hacer... Estoy sin trabajo; no encuentro empleo...

Bend soltó una sarcástica risotada.

—A ti, la palabra trabajo, te hace sudar y te da náuseas. ¿Conocías a Apolo?

—Le había visto alguna vez, aunque nunca tuve tratos con él hasta hoy. Y no volveré a tenerlos, créame —respondió Hubner.

El joven se volvió hacia Muriel.

—El nombre de Huffin, ¿te dice algo?

—No —respondió ella.

Leinster lo contrató —dijo Bend pensativamente—. Es uno de los dos tipos que mencionó Pa Wilkinson y ahora está muerto, lo que significa fuera de combate. ¿Qué me dices del otro, Rom Garth *el Halcón*?

—No pude encontrarlo...

—Ya daremos con él. —Bend agarró el brazo de la joven—. Anda, vamos.

—Hay un coche en la puerta...

—Usaremos el mío y no está precisamente a dos pasos. Me has hecho sudar para llegar hasta aquí, pequeña.

—¡No me llames pequeña! Ya tengo...

Muriel se mordió los labios. El joven se echó a reír.

—¿Te da miedo confesar tu edad? Pero, mujer, todavía estás en la feliz época en que puedes declarar tus años sin necesidad de ruborizarte.

—Los caballeros nunca preguntan la edad a las señoras — protestó Muriel.

—Yo no te he preguntado cuántos años tienes. Sólo dije «pequeña»...

—Pero no me gusta, Steve.

—Está bien. ¿Cómo quieres que te llame?

—Tengo un nombre, ¿no?

—¿Qué tal andas de piernas?

—Bien. No son feas —respondió ella, sorprendida.

—Me refería al juego muscular. ¿Haces ejercicio?

—Muy poco. Sólo artes marciales... ¿A qué clase de ejercicio te refieres?

—*Jogging* —contestó él, a la vez que agarraba su mano y, tirando de ella, empezaba a caminar a paso ligero.

CAPÍTULO V

—Nunca te perdonaré lo que has hecho conmigo...

Bend sonrió, mientras le entregaba una bata de felpa y abría la puerta del baño.

—Necesitas quemar algunas grasas. Anda, date una buena ducha.

—Pero no tengo ropa para mudarme...

—Luego te indicaré dónde puedes encontrar toda la que quieras.

Con las manos en los riñones y la bata enrollada al cuello, Muriel entró en el cuarto de baño. Estaba derrengada. Bend la había hecho trotar por espacio de una hora bien corrida y sólo al final se había dado cuenta de que el coche estaba a quinientos metros escasos de la cabaña donde había sido secuestrada. Habían estado dando vueltas en círculo y cuando se sentó en el automóvil, se sentía tan cansada que ni siquiera tuvo ganas de protestar.

Se preguntó qué ropas le daría Bend para mudarse. Cuando hubo terminado, se puso la bata y anudó el cinturón. La casa donde vivía el joven era grande, lujosa y se hallaba situada en el centro de un jardín de enormes dimensiones.

Se sintió extrañada, porque no había el menor rastro de servidumbre, cosa que parecía lógica. Tampoco había perros de guarda y llena de dudas, llegó a preguntarse siquiera si la casa le pertenecía realmente.

Descendió a la planta baja. Olor a huevos y tocino frito llegó inmediatamente a su pituitaria. Llegó a la cocina y vio a Bend ante la sartén, con un delantal puesto.

—Es un menú para el desayuno —objetó.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Me comería una mula cruda, aunque sin herraduras, claro —

sonrió Muriel.

—Entonces, no te preocupes. Además, es lo único que había en el frigorífico. Anda, siéntate.

Ella obedeció. Bend le puso delante un plato con huevos, tocino y galletas, además de un botellín de cerveza.

—Lo siento, pequeña... Oh, perdón, ya sé que no te gusta. Dispénsame, no tengo nada mejor para darte.

Muriel empezó a comer en el acto. Pasados unos minutos, se dio cuenta de que el joven estaba sentado frente a ella, contemplándola con expresión sonriente, pero sin nada delante.

—¿Y tú? —dijo.

—No tengo apetito.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—Steve..., ¿qué me ocultas?

—Nada, mujer. Anda, come y no te preocupes de más.

Muriel obedeció. Al terminar, se acarició el estómago.

—Ahora me siento feliz —dijo.

—Te falta una cosa —sonrió él.

—¿Sí? ¿Qué, Steve?

—Eructa sin miedo. Así te sentirás mucho mejor.

—No seas grosero...

—Es muy sano.

—Bien, dejemos esto —cortó Muriel, incómoda—. Tú no has comido nada, pero ¿por qué?

—No quería estropear el buen rato que estabas pasando. Esos dos huevos y las tres lonchas de tocino, con las dos galletas y la cerveza, es lo único que quedaba en el frigorífico.

Muriel volvió los ojos hacia el aparato indicado y lo vio enorme, con capacidad para contener los alimentos suficientes para una compañía de soldados.

—Se te habrá olvidado llenarlo —dijo.

En parte, es verdad. Pero también sucede otra cosa.

—¿Es algo malo, Steve?

—Bueno, tú eres una chica discreta y sé que no lo divulgarás... Mi padre se arruinó completamente y ahora está bajo tratamiento en un establecimiento psiquiátrico. Mi padre se ha tenido que ir a vivir con una hermana viuda, que vive de una pensión de su difunto

esposo, coronel del Ejército. Hay dos hipotecas sobre la casa y... Bien, las apariencias no dicen absolutamente cuál es la amarga realidad.

—Lo siento infinito, Steve —dijo ella con simpatía.

—Gracias. Ahora comprendes por qué necesito ese dinero, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Oye, perdona..., pero antes hablaste de dejarme algo de ropa... Si es de tu madre, bueno, no la conozco, pero me imagino que será algo más gordita que yo...

—Un poco —sonrió Bend—. Te dejaré ropa de mi hermana Nellie, que tiene más o menos tu figura. Bueno, tenía, porque ahora, la pobre...

—¿Qué le pasa?

—Se casó, enviudó, porque el marido se le mató con el coche, y como reacción contra su pena, empezó a comer, a comer, a comer... Bien, engordó monstruosamente y ahora está también bajo tratamiento, doble en su caso: psiquiátrico y dietético.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Muriel, conmovida—. Debe de ser horrible tener la familia en tan críticas circunstancias...

—Pero eso no es lo peor —dijo él.

—¿No? ¿Hay algo todavía más grave?

—Mi hermana pequeña. Papá, hay que reconocerlo, fue siempre un poco intransigente y cuando ella anunció que iba a tener un niño y que ni siquiera sabía quién era el padre, la echó de casa. Menos mal que el niño nació muerto, porque los médicos dijeron que, fuese quien fuese el padre, era alcohólico perdido y, además, por herencia. Mi pobre hermana, desesperada, se dio a las drogas y como no tenía dinero, tuvo que prostituirse...

Muriel apretó los labios. Las lágrimas habían aparecido en sus bellos ojos.

—¿Qué hace ahora? —preguntó.

Bend meneó la cabeza.

—Está en un centro de rehabilitación para drogadictos, pero el médico me dijo hace dos días que ella ya no es recuperable. Apenas le quedan un par de meses de vida.

Muriel pasó una mano por encima de la mesa y apretó las del joven.

—Tienes todo mi afecto y si pudiera hacer algo...

—Gracias, pequeña. Perdóname otra vez, se me ha vuelto a escapar... Ahora hablemos de nuestro asunto.

—Sí, Steve.

—Hoy te quedas a dormir en mi casa. Mañana empezamos a buscar a Garth. Después, si es posible, daremos un repaso a Apolo.

—¿Por qué?

—Leinster lo contrató para el rapto. Es posible que le dijera algo.

—Tienes razón, es una buena idea.

Bend se levantó. Muriel hizo lo mismo, pero un pico de la bata se enganchó en algo saliente y, cuando quiso darse cuenta, estaba desnuda.

Lanzó un chillido. Bend se echó a reír. Ella protestó furiosamente.

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo, mientras desenganchaba la bata para ponérsela de nuevo.

—Pero no me negarás que tienes una figura exquisita.

—Tus desgracias familiares, por lo visto, no te impiden pensar en otras cosas —dijo ella ácidamente.

—Hago lo que puedo por ellos, pero también necesito un poco de expansión, a veces.

Muriel se anudó con fuerza el cordón de la bata.

—Cerraré por dentro la puerta de mi dormitorio —afirmó.

—Estás en tu derecho —respondió él, a la vez que hacía una profunda reverencia.

* * *

El hombre saltó la tapia y cayó sobre algo blando, pero no reparó demasiado en el detalle. De haber sabido que se trataba de una alarma disimulada en el suelo, habría vuelto a escapar inmediatamente.

Paso a paso, avanzó hacia la casa, que aparecía a oscuras y en silencio. Llegó a la puerta, tanteó la cerradura y luego sacó un manojo de ganzúas.

Probó varias. De pronto, alguien puso una llave en sus manos.

—Esta abre sin dificultad —dijo el hombre.

—Gracias...

El intruso se dio cuenta bruscamente de que no estaba solo. Quiso escapar, pero una mano que parecía tener dedos de acero, le atrapó por el cuello.

—Entra —dijo Bend.

El sujeto se vio constreñido a obedecer. Momentos después, notó que lo arrojaban contra un diván.

Intentó levantarse. Un codo ascendió contra su mentón y volvió a caer, casi sin conocimiento.

Sin embargo, notó que le registraban, pero no podía evitarlo, ya que se sentía sin fuerzas. Al cabo de unos momentos, se sintió algo mejor y pudo ver con claridad el sonriente rostro del dueño de la casa.

—No he venido a hacer nada malo —protestó el sujeto.

Bend miró su reloj de pulsera.

—Son las cuatro de la mañana, hora muy apropiada para vender aspiradoras o esperar el autobús, que pasa a dos kilómetros de distancia. A lo mejor, vas a decirme que estabas tan borracho, que te confundiste de casa, ¿verdad?

Bend agitó la billetera que le había quitado y añadió:

—Te llamas Miles Garth. Eso me dice que eres hermano de Rom, alias *el Halcón*:

El miedo fingido había desaparecido ya de los ojos del intruso.

—Bueno, he tenido mala suerte —admitió—. Sólo quería encontrar rastros de la joya, y usted sabe a qué me refiero.

—Desde luego. También sé que a tu hermano le ha encargado alguien encontrar esa joya. ¿Puedes decirme quién es?

—No.

—Miles, ¿tienes ganas de que te dé un buen vapuleo?

—Hágalo, pero no conseguirá nada. No lo sé.

—Eres hermano de Garth y vas a decirme...

—Soy su hermano, es cierto, pero me trata como a un empleado. No se vaya a creer que me cuenta sus secretillos.

—Miles, cuéntame otra historia, ¿quieres?

—Le digo la verdad...

Bend enseñó la pistola y la matraca que había encima de una mesa próxima, además de las ganzúas, un llavero con tres llaves y algunos billetes y monedas.

—Lo llevabas para defenderte de posibles ataques de

delincuentes nocturnos, ¿verdad?

—¿Puede probar usted lo contrario? Si examina la billetera, verá que tengo licencia de uso de armas. La matraca... bueno, no es que sea un arma legalmente permitida, pero tampoco está prohibida... No tengo antecedentes, no he sido detenido nunca... y la policía me soltaría en seguida, si usted los llamase para que me detuvieran.

—Muy bien, no llamaré a la policía, pero haré algo que no te va a gustar nada.

Garth sonrió desdeñosamente.

—Al fin se ha decidido por el vapuleo —dijo.

—No, es algo que no esperas en absoluto. ¡Levántate!

Garth obedeció. Inmediatamente, sintió en el mentón un terrible golpe y empezó a caer. Antes de tocar el suelo, notó que era sostenido por unos fuertes brazos.

—Sólo te he rozado —oyó la voz del joven, como si viniese de muy lejos—. Si llego a pegarte con todas mis fuerzas, te habría arrancado la cabeza.

Minutos más tarde, Garth recobró la consciencia y entonces se percató de que estaba sujeto a una cañería de hierro, rodeándola con los brazos, ya que sus muñecas estaban unidas por unas argollas de acero. Vio también una vieja caldera de calefacción, algunos trastos viejos y divisó a Bend en la puerta de lo que, evidentemente, era un sótano.

El joven sonreía con suficiencia.

—Tu hermano está esperando a que regreses con... bueno, tú y él lo sabéis mejor que yo. Pero como no regresarás, empezará a alarmarse y vendrá a buscarte. Yo estaré aguardándole.

—¿Va a tenerme aquí encerrado? —preguntó Garth.

—Puedes tenerlo por seguro, Miles.

—Pero... mi hermano... a lo mejor, no viene...

—Hasta que no aparezca, no probarás bocado ni tomarás un sorbo de agua. Y si no viene, morirás de hambre y sed —se despidió el joven.

Garth lanzó un chillido, pero sólo obtuvo como respuesta el estruendo de la puerta al cerrarse de golpe.

CAPÍTULO VI

Muriel bajó a la cocina y olió inmediatamente a café recién hecho.

—Eh, ¿has renovado las provisiones?

Bend se volvió hacia ella, con la sonrisa en los labios.

—Le pedí prestado a la vecina un poco de café y azúcar, y ella agregó unos pedazos de tarta —contestó—. Claro que tuve que aguardar a que se marchase el marido; es un tipo verdaderamente celoso... —Le guiñó un ojo y agregó—: Con toda la razón del mundo; ella es un auténtico bombón.

—No sabía que te gustase la fruta del cercado ajeno —dijo Muriel.

—Es la mejor, pequeña. ¿Qué tal has descansado? No, no me contestes; te veo fresca como una rosa, lozana como una cierva joven... ¿No te han dicho nunca que eres guapísima?

—Steve, ¿quién te entiende a ti? —sonrió la joven.

—Nadie, eso es lo malo. Ni siquiera el tipo que tengo abajo en el sótano.

Muriel se sobresaltó.

—¿Un prisionero?

—Miles Garth, el hermano de Rom. Intentó asaltar la casa a las cuatro de la madrugada.

—¿Cómo lo supiste?

—Por fortuna, la compañía eléctrica no nos ha cortado el suministro y las alarmas funcionaron a la perfección. Le eché el guante cuando iba a entrar en la casa. Se negó a cooperar y tuve que encerrarlo.

—Esperas que te diga algo, supongo.

—O se decide a hablar o será preciso esperar a que su hermano asome la nariz, para saber qué le ha ocurrido. De todos modos, eso

no pasará en todo el día, calculo.

—Tú aguardarás a que Rom llegue...

—Sí, pero no voy a estarme quieto. Ahora mismo, en cuanto haya tomado este mísero desayuno, iré a buscar a Apolo.

Muriel se mordió los labios.

—Steve, yo conozco a un confidente... Bueno, a veces, me facilita informaciones... Es un tipo que sabe muchas cosas...

—Los confidentes no «cantan» si no ven «pasta».

—Tengo dinero, hombre.

—Bueno, incluye los «honorarios» del confidente en la nota de gastos. Ah, te dejaré una llave de casa y te enseñaré la clave para abrir la verja. Así podrás entrar y salir cuando te plazca.

Muriel paseó la vista por la enorme cocina y lanzó un suspiro.

—Echarás de menos esta casa, si tienes que abandonarla —dijo.

—Sí, y también echaré de menos al mayordomo, las dos doncellas, el ama de llaves, la cocinera, el jardinero... Eso sí será para mí «lo que el viento se llevó» —contestó él melancólicamente.

—Eres un hombre animoso. Acabarás por sobreponerte —aseguró ella.

—Gracias. Termina de desayunar tranquilamente, no tengas prisa. Ah, como viniste en mi coche y el tuyo, supongo, seguirá en el estacionamiento de tu casa, usa el Volkswagen de mi hermana pequeña.

—¿La drogadicta?

—Además de otras cosas que no es agradable mencionar.

Bend se dirigió con paso rápido hacia la puerta de la cocina. Desde allí, se volvió y miró a la joven.

—No intentes ver a Garth —dijo—. Quiero tenerle unas horas aislado, para hacerle reflexionar.

—Vete tranquilo, Steve —contestó ella sonriendo.

Cuando terminó el desayuno, lavó los platos y luego se dio una vuelta completa por la casa. Comprendía los sentimientos del joven, al verse obligado a abandonar aquella enorme mansión, que rebosaba lujo por todas partes, pero con un gusto exquisito y sin que tal lujo pareciera ofensivo en ningún momento.

—Si tuviese dinero suficiente, se la compraría...

Pero no era más que un sueño y le gustaba vivir de la realidad y no de fantasías inalcanzables.

Cerca del mediodía, Bend localizó un bar de mala muerte, en el que, según noticias, podía recibir informaciones acerca del paradero de Apolo. Entró, se acercó al mostrador y soportó estoicamente la mirada crítica de un barman de rostro avinagrado.

—¿Qué va a tomar, amigo? —preguntó el barman.

Bend puso un billete de cinco dólares sobre el mostrador.

—Estoy buscando a Apolo —dijo.

El otro escupió.

—No soy un «chivato» —contestó.

Bend echó un vistazo a su alrededor. En aquellos momentos, no había nadie más en el local. Al fondo, divisó una cabina telefónica, con la guía pendiente de un clavo.

Sin pronunciar palabra, se acercó a la cabina, descolgó la guía y regresó junto al mostrador. Luego, lentamente, con la vista fija en el rostro del barman, rompió el libro en dos mitades, que dejó caer al suelo desdeñosamente.

—¿Y bien? —dijo solamente.

La nuez del barman subió y bajó varias veces.

—Apartamentos Rydersohn,

7 F

—contestó.

—Gracias.

El barman quiso coger el billete, pero Bend fue más rápido.

—No has obrado con buena voluntad —dijo—. Alégrate, porque conservas los dos brazos pegados al cuerpo. Y no le avises por teléfono, ¿entendido?

Bend abandonó el tugurio y se encaminó a la dirección indicada por el barman. Su consejo, supo poco después, no había sido atendido, porque Huffin le recibió con una pistola en la mano.

—Baja ese chisme, Apolo —ordenó el joven.

—No voy a dejar que me juegue una mala pasada —contestó Huffin—. ¿Quién diablos es usted? ¿Por qué me busca?

—Soy el fulano de la chica a la que secuestraste ayer.

—Ah, el hombre que se acuesta con ella...

—Si lo prefieres así...

—La chica escapó. A estas horas, debería saberlo.

—También sé muchas otras cosas. Por ejemplo, el cargador que vaciaste en el cuerpo de Leinster.

—No es cierto.

—Apolo, te vi cuando escapabas, ayudando a uno de tus amigos, que tenía un remo averiado. Luego entré en la casa y vi lo que había allí. El falso loco charló por los codos. ¿Vas a negarme la evidencia?

Huffin emitió un reniego.

—Puedo alegar legítima defensa —rezongó.

—Lo cual, en buena parte, es cierto, y yo podría ayudarte en tal caso. Pero necesito que me ayudes.

—¿Cómo? —preguntó el sujeto recelosamente.

—¿Qué te contó Leinster?

—Nada. Aunque no lo crea, es así. Lo que pasa es que luego vimos que se ponía a charlar con el falso tonto como si tal cosa, y nos dimos cuenta de que era una tomadura de pelo. ¡Dos mil dólares por un secuestro... y podríamos haber acabado con veinte años de cárcel! —Se irritó el hampón.

Bend ocultó una sonrisa.

—Entonces, empezaste a sospechar que había más «pasta» de la que Leinster daba a entender.

—Así fue, pero ya no sé más...

—Huffin, a Leinster le encargó alguien encontrar una joya robada, que vale lo menos dos millones y medio. ¿No puedes decirme nada más?

Huffin entornó los ojos un momento. Luego dijo:

—De acuerdo, pero hagamos un trato primero.

—¿Qué trato?

—Leinster tenía un despacho oficial, pero allí sólo actuaba digamos de una manera legal... Usted ya sabe que era detective privado.

—Era su tapadera —admitió el joven.

—Pero yo conozco el otro despacho, si es que se puede llamar así, el lugar donde se entrevistaba con tipos que no querían tener nada con la ley. Una vez estuve allí y vi un par de archivadores metálicos.

—Comprendo. Tú me guías hasta ese escondrijo y... ¿Qué quieres a cambio?

—Si me pescan por lo de Leinster, dirá que él me atacó primero.
—Pero no mencionaré los motivos.
—No le pido tanto. Diga solamente que Leinster tiró primero y que yo me defendí. ¿Conforme?
—O. K., Apolo.

* * *

Había sobre la puerta una placa de metal, que ya había perdido el brillo original y en la que se leía una inscripción: *F. Batty, Asesor financiero*. Al ver el rótulo, Bend arqueó las cejas.

—¿A quién asesoraba Leinster bajo ese nombre falso? —se sorprendió.

Hugf Huffin soltó una risita.

—Asesoraba a los que apostaban en las carreras, a los que querían vender algo robado, a unos cuantos «protectores» de golfas... ¿Qué se creía?

—Sí, tienes razón —contestó el joven pensativamente—. Bueno, ¿cómo vamos a entrar ahí?

—No se preocupe.

Huffin sacó del bolsillo una navajita y hurgó en la cerradura durante unos momentos. Luego se oyó un chasquido y, apartándose a un lado, extendió la mano.

—Usted primero —invitó.

Bend franqueó el umbral. El despacho era muy modesto y había solamente una mesa, un sillón, una silla y dos armarios metálicos. Una puertecita situada al fondo conducía a un pequeño lavabo, supuso.

La única lámpara que pendía del techo por un cordón, sin pantalla, estaba moteada por infinidad de residuos de moscas. El ambiente no podía ser más sórdido y miserable.

Pero no tuvo mucho tiempo para hacerse reflexiones. De repente, sintió un terrible dolor en la cabeza y empezó a caer.

Aunque no perdió el conocimiento por completo, se dio cuenta de que se había quedado sin fuerzas, tan débil como un recién nacido. Vagamente notó que Huffin lo arrastraba hasta situarlo al otro lado de la puerta, dejándolo a continuación tirado en el suelo.

Inmediatamente, Huffin fue a los archivadores y los forzó con un

destornillador que había sacado de alguna parte. Luego empezó a arrojar todos los papeles en un saquete de tejido muy fino que, indudablemente, se había echado al bolsillo sin que él lo advirtiera.

Bend hizo un supremo esfuerzo por levantarse, pero no consiguió nada positivo. Desesperado, se dio cuenta de que Huffin iba a llevarse todos los documentos que Leinster guardaba en aquel despacho y que, era fácil imaginárselo, podían tener gran importancia en algunos aspectos. Un instante consiguió sentarse en el suelo, pero volvió a caer de espaldas, cuando se sintió acometido por un insufrible ramalazo de dolor.

«Ese bestia... por poco me abre el cráneo», pensó, con los ojos cerrados, mientras esperaba que se pasase aquella horrible sensación.

El saqueo de los archivadores duró escasamente cinco minutos. Huffin dio su tarea por terminada y ató con un cordel la boca del saco. Luego giró en redondo y miró sonriendo al joven.

—Adiós, idiota —dijo.

—Apolo, no tengas tanta prisa —dijo alguien en aquel momento.

Huffin se volvió. Bend pudo ver en su rostro una repentina expresión de pánico.

—¡Diablos, no...!

Una pistola detonó tres o cuatro veces. Huffin retrocedió violentamente, soltó el saquete, abrió los brazos y chocó contra los armarios metálicos. Hizo un esfuerzo frenético para mantenerse en pie, pero un último disparo lo hizo derrumbarse como una masa inerte.

El saco estaba en el suelo. Bend vio surgir una mano al otro lado de la puerta. La mano y el saco desaparecieron casi instantáneamente.

Bend hizo un nuevo esfuerzo y esta vez consiguió sentarse. Pero los disparos habían hecho mucho ruido y supo que no podría evitar el enfrentarse con la policía.

Dirigió la vista hacia Huffin, que yacía sobre un charco de sangre.

—¿Quién te ha liquidado? —murmuró.

La incógnita, en cierto modo, carecía de importancia. Era mucho más interesante conocer el contenido del saco, pero, a menos que consiguiera localizar al asesino, podía considerar perdida toda la

documentación secreta de Leinster.

Y para encontrar al asesino no disponía de ninguna pista.

CAPÍTULO VII

Muriel llamó a la puerta y aguardó unos momentos, hasta que abrió una mujer guapa, de unos treinta años, rubia y de expresión un tanto adusta.

—Busco a Rom Garth —dijo la joven sin más preámbulos.

—No está —contestó la rubia.

—¿Es usted su esposa?

—Sin papeles, señora...

Muriel abrió el bolso y enseñó cinco billetes de diez dólares.

—¿Dónde puedo encontrar a su «esposo», señora?

La rubia sonrió.

—Mi nombre es May Forbes. Pase usted... No ha dicho aún cómo se llama...

—Muriel Donner.

—He oído hablar de usted, señorita. Tiene una agencia de detectives, creo.

—Hago investigaciones. Realmente, una agencia implica siempre un jefe, ayudantes, una secretaria... Yo no tengo nada de eso.

—Bueno, más o menos, viene a resultar lo mismo. Así se ahorra usted un montón de sueldos y todo es ganancia, ¿verdad?

—Si se mira bajo ese punto de vista, es muy cierto —convino Muriel—. Pero íbamos a hablar de Rom Garth, creo recordar.

—Ah, sí, casi lo había olvidado. Rom no está en casa, pero me dejó un número de teléfono para llamadas urgentes. Lo tengo en... Aquí, ya está; casi lo había olvidado...

Muriel había accedido a una habitación muy sencilla, aunque de cierta elegancia, y vio que la rubia se dirigía a un escritorio de persiana. May abrió el cajón central y, de pronto, se volvió, con un pequeño revólver en la mano.

—Bien, chica —dijo, sonriendo malignamente—, y ahora, vamos a cambiar impresiones tú y yo, para que me digas, por ejemplo, por qué buscas a mi hombre.

Muriel dio un respingo, pero se tranquilizó en seguida.

—Eso es un asunto que debemos tratar él y yo, ¿no te parece?

—En la cama, claro.

La joven se quedó sin aliento. Por un momento, había llegado a creer que May estaba asociada con Garth en sus «negocios», pero ahora se daba cuenta de que estaba ante una mujer loca de celos.

—May, te equivocas...

—¡No me contradigas! —gritó la rubia furiosamente—. Sé muy bien que Rom me engaña con una fulana de clase, con mucha «pasta». Eres tú, claro.

—Te equivocas —repitió Muriel.

—Y tú estás loca por él y como hace días que no lo ves, has venido a buscarlo. ¿Creías que con cincuenta cochinos dólares ibas a comprarme? Pues no sabes el mal paso que has dado, porque te voy a...

May lanzó una histérica risotada. Luego, de pronto, pegó el cañón del revólver a la mejilla izquierda de la joven.

—Voy a apretar el gatillo —anunció—. La bala te rozará la piel y, además, el fogonazo, te quemará todo el lado izquierdo. Rom no volverá a mirarte más a la cara...

Muriel trató de mantener la serenidad. Ya no quería insistir en el error de aquella mujer enloquecida por los celos. Cualquier cosa que dijera resultaría inútil, pensó.

De repente, levantó la mano izquierda y apartó el revólver. Con la derecha golpeó el blando estómago de la rubia.

Se oyó un chillido de rabia. Muriel agarró la muñeca armada y la retorció bruscamente. El revólver cayó al suelo. May pareció perder la razón por completo y alargó las diez uñas hacia el rostro de la joven.

Muriel alargó las manos y asió ambas muñecas. Luego se dejó caer de espaldas, tiró de May hacia sí y, al mismo tiempo, alzó los dos pies.

La rubia chilló agudamente al verse volar por los aires. Dio la vuelta completa y quedó en el suelo, aturdida y sollozando de rabia y furia que sabía eran impotentes.

Pero Muriel no quiso dar su tarea por terminada. Fue hacia la otra y la hizo volverse boca abajo. Luego puso una rodilla en la espalda y tiró sin piedad de sus pelos.

—May, tienes que saber una cosa —dijo—. Yo no soy la fulana de Rom ni cosa que se le parezca. Sólo vine aquí para saber dónde está y me lo vas a decir aunque tenga que volverte la cabeza del revés para que te mires la espalda. ¿Me has entendido?

Las manos de May palmearon el suelo repetidas veces.

—E... está bien... Suélteme... Entonces, ¿no es usted Tallulah Rouck?

—¿Quién es esa mujer?

—La fulana de mi... de Rom.

—A mí no me interesa Tallulah para nada. Es a Rom al que quiero ver, ¿no lo comprendes, estúpida?

—Pues... si le quiere ver, tendrá que ir a casa de la otra. Se pasa allí la mayor parte del día... Él procura disculparse, diciendo que está tratando de negocios muy importantes con Tallulah... Una joya de mucho valor, ¿sabe? Pero a mí no me la da, porque esa zorra es una ninfómana perdida...

«Una joya de mucho valor», repitió Muriel mentalmente.

—¿Te ha dicho qué aspecto tiene? —preguntó.

—Escultura o algo así, no sé... A mí me parece que una estatua no puede valer mucho... Muriel soltó el pelo de la rubia y se incorporó.

—Levántate, May.

La otra obedeció y se alisó maquinalmente la falda.

—Sabes pelear —comentó—. Me has pillado por sorpresa...

Muriel estudió críticamente a su interlocutora.

—No te reprimas en la mesa y te pasas tumbada la mayor parte del día —dijo con crudeza—. Dentro de diez años, parecerás un tonel con patas. ¿Te extraña que Rom se vaya con otra?

May abrió la boca, estupefacta. Muriel se ajustó la correa del bolso. Luego lo abrió y sacó otros cinco billetes.

—Hagamos un trato —propuso.

—¿Sí? —dijo May.

—Si quieres sacarle los ojos con las uñas, allá tú. Pero déjalo vivo; quiero hablar con él, ¿entendido?

—Conforme —accedió la rubia, a la vez que se apoderaba de los

billetes.

Muriel puso la mano en el picaporte.

—Y no padezcas por ese estúpido. No te quiere o, de lo contrario, ya habría hablado algo de repartir contigo el importe de la joya. Vale dos millones y medio, ¿sabes?

Cuando salió, May no se había recuperado todavía de la sorpresa recibida.

* * *

Para pasar de la salita íntima a la cocina era preciso empujar las puertas de vaivén que facilitaban el acceso. Cargada con dos enormes bolsas, Muriel se volvió de espaldas, curvó un poco el cuerpo y empujó hacia atrás. Luego giró en redondo y entonces vio a Bend, sentado ante la mesa, con las manos en la cabeza.

—¿Problemas, Steve?

—Creo que no se me pasará nunca el dolor de cabeza —se quejó él.

—Toma aspirinas, hombre...

—Es preciso esperar. Tengo un chichón tan grande como mi puño.

Muriel puso las bolsas encima de la mesa.

—Te han arreado a gusto, ¿eh? —Adivinó—. ¿Quién ha sido?

—Apolo.

—Vaya. ¿Te dejaste sorprender?

—Piqué como un gorrión...

—Lo encontraste, empezaste a hablar con él y luego te atizó y escapó.

—Todo es cierto, menos lo último.

—Ah, no escapó.

—Le metieron cuatro balas en el cuerpo.

Muriel silbó tenuemente.

—

R. I. P.

—dijo—. ¿Viste al asesino?

—Pequeña, en esos momentos yo sólo podía ocuparme de una cosa: mi dolor de cabeza. Por fortuna, el asesino no me vio; de lo contrario, creo que me lo habría curado con aspirinas de plomo.

—Bueno, en medio de todo, me felicito...

Bend alzó la vista en aquel momento.

—¿Qué traes aquí? —exclamó.

—Comida, ¿qué te creías? Me gusta conservar la silueta, pero no al precio de mantener telarañas en el estómago.

Muriel se dirigió al enorme frigorífico, disponiéndose a meter los víveres que había comprado. Abrió la puerta y se quedó parado, con las manos en los costados.

—Steve, ¿quién ha llenado este frigorífico? ¿La vecina complaciente?

—Tengo la lámpara de Aladino y se lo pedí al genio —contestó él.

Bend se levantó y metió la cabeza bajo el grifo.

—Este maldito dolor no va a cesar nunca...

—¿Por qué no vas a un médico?

—Ya lo he hecho. No tengo nada pero debo observar reposo un par de días.

—Está bien, yo te atenderé, aunque tengo que salir. He de hablar con una tal Tallulah Rouck.

Bend se volvió vivamente hacia la joven.

—¿Conoces a Tallulah? —exclamó, sorprendido.

—Anda liada con Rom Garth.

—¿Quién te lo ha dicho?

—May Forbes, la fulana de Rom Garth.

—Pero ¿es que ese tipo tiene un harén?

Muriel se encogió de hombros.

—Steve, el frigorífico está lleno.

—Sí, salta a la vista.

—Y anoche, apostaría algo bueno, no estaba vacío.

—Eso no importa ahora, pequeña.

—¡No me llames pequeña! —Muriel pateó el suelo—. ¿Por qué me dijiste que no había más que dos huevos y un poco de tocino, cuando tenías aquí suficiente para abastecer a un batallón de hambrientos?

—Quería divertirme un poco... A fin de cuentas, calmaste el apetito, ¿no?

Ella pegó una patada a la puerta del refrigerador.

—Dejemos esto —propuso—. Parece que conoces a Tallulah.

—Sí, un poco.

—Tengo entendido que es una ninfómana...

—No lo sé, no la he «probado». Nuestro conocimiento es meramente social. Es guapa, elegante, distinguida, tiene dinero... y anda más cerca de los cuarenta que de los treinta.

—Dicen que los cuarenta es la edad más «sabrosa» de la mujer —comentó ella irónicamente.

—Esperaré a que los tengas para probarte, aunque, mientras tanto, calmaré mis ardores con otras que tengan más de veinte y menos de treinta, que tampoco «saben» tan mal.

—Eres un libertino. ¿No sabes pensar más que en el sexo?

—¿Quién ha sido la primera en mencionarlo? Yo no había dicho nada, pero puesto que querías mi opinión...

—Tu opinión me importa un pimiento. Al menos, en este tema.

—¿Eres frígida? —sonrió Bend.

—¡Vete al cuerno! Hablemos otra vez de Tallulah y de Garth. Apostaría algo bueno a que anda detrás también de Cellini.

—¿Qué te hace pensar tal cosa? —inquirió Bend.

—No sé. Puede que sólo sea un presentimiento..., pero ¿por qué un hampón como Garth ha de arrimarse a una dama de la *jet-society*?

—Esas damas, a veces, tienen caprichos muy raros, pequeña.

—¿No se encaprichó de ti en alguna ocasión?

—Sí, claro.

—¿Y qué hiciste tú?

—¿Has visto esas películas de dibujos en que el personaje sale disparado, dejando una espesa nube de polvo?

—Vaya, no te suponía tan insensible a los encantos femeninos...

—Dime que soy un capricho tuyo y verás qué sucede.

Ella extendió la mano izquierda, a la vez que, con la derecha, hacía la señal de la Cruz.

—¡Va de retro, Satán! —exclamó.

—Si te lo tomas así...

—Somos socios nada más que en el asunto de la recuperación de la joya —puntualizó ella—. En lo demás... —Chasqueó los dedos—. Humo, ¿comprendes?

—Está bien. Tallulah y Garth andan juntos. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Hombre, puesto que la conoces, podríamos ir a interrogarla...

—Mañana. Hoy no me siento con fuerzas. Quiero reposar la mayor parte del día. Muriel —dijo él un tanto cansadamente—, esto me preocupa cada vez más. Un secuestro, asesinatos a mansalva... Empiezo a arrepentirme de haber cedido a la petición de mi amigo.

—Por cierto, ¿no tiene él la menor idea de quién le robó la joya?

—No, en absoluto.

—¿Y no le han llamado siquiera para pedirle una suma como rescate?

—Nada. El ladrón, por lo visto, piensa conseguir más dinero vendiéndola a otra persona. Y no tengo la menor idea de quién pueda ser...

—Steve, estoy acordándome de que hay un prisionero en el sótano. ¿Por qué no le hacemos «cantar»?

—Empezaba a pensar en ello, pero es un tipo duro y no hablará —alegó Bend.

—Podríamos... Bueno, antiguamente se llamaba tercer grado. Hoy ya es una frase en desuso y se describe con más crudeza.

—La tortura, sí, es una buena idea, pero lo haremos a mi manera, pequeña.

—Conforme. ¿Qué método piensas emplear?

Bend consultó la hora. Luego se encaró con la joven.

—Pequeña, ¿qué tal se te da la cocina? —preguntó.

CAPÍTULO VIII

Las luces del sótano se encendieron de pronto y Garth parpadeó, deslumbrado. Cuando sus ojos se habituaron a la luz, vio al dueño de la casa que estaba desplegando una mesa de *camping*.

Garth fue a decir algo, pero Bend se marchó en el acto. A los pocos momentos, volvió, con una enorme bandeja, en la que había un mantel, servilletas y cubiertos.

—Eh, oiga. ¿Hasta cuándo van a tenerme aquí? —preguntó.

Bend no contestó. Volvió a marcharse y regresó con dos candelabros en una mano y un cubo de champaña en la otra.

El prisionero gritó y amenazó hasta enronquecer. Una vez, Bend se volvió sonriendo hacia él y le indicó los tapones de algodón que tenía en las orejas. Garth pateó la tubería con furia, pero no obtuvo la menor respuesta.

Poco más tarde, vio aparecer a una hermosa mujer, con una bandeja en las manos. Luego, Bend y la joven se sentaron a cenar.

La sopa despedía un olor exquisito y Garth sintió fuertes espasmos en el estómago. Llevaba casi veinticuatro horas en ayunas y en todo aquel tiempo no había probado bocado ni bebido una sola gota de agua.

Más tarde, olió a pescado en salsa y luego percibió el inconfundible aroma de una pierna de cordero al horno. Gritó, chilló, amenazó y hasta suplicó, pero todo fue inútil. En ningún momento, Bend y Muriel le hicieron el menor caso y actuaron como si no existiera. A las nueve de la noche, Bend, ostentosamente, se quitó los tapones de algodón y sonrió.

—Miles, cuando quieras comer y beber, no tienes más que golpear la cañería con las esposas. Te aseguro que el tintineo se oirá desde cualquier punto de la casa. Entonces, bajaré y te traeré agua y

comida, pero, mientras tanto...

—¿Quiere decir que me va a tener aquí a dieta, si no hablo?

Bend meneó la cabeza, simulando pesar.

—Nadie sabe que estás aquí —dijo—. Es más, si nos sucediera algo, nadie vendría a liberarte y dentro de cien años, encontrarían tu esqueleto, sujeto aún a la cañería por las esposas y dirían: «Pobre, murió de hambre y de sed...».

El joven se dirigió hacia la puerta el sótano, apagó la luz y cerró. Muriel aguardaba en el exterior.

—Eres un sádico —sonrió.

—Es mejor que darle de golpes, ¿no?

—Sí, resulta verdaderamente desagradable.

—¿Tienes experiencia?

—No, pero me la imagino. ¿Crees que cederá?

—Dame veinticuatro horas más de tiempo y nos contará dónde tenía la verruga su primera nurse.

—Resultaría curioso saberlo, ¿no?

—¿Tienes tú alguna verruga?

—Un lunar, pero no me pidas que te lo enseñe.

—Eres repugnantemente virtuosa. ¿Nunca has dado siquiera un beso a un hombre?

De pronto, Muriel alargó un poco el torso y lo besó en los labios.

—Ya tienes la respuesta —sonrió—. Buenas noches, Steve.

Bend agitó la mano melancólicamente.

—Si yo fuese el señor feudal y me marchase a las Cruzadas, y tú fueras mi esposa, no me haría falta ponerte cinturón de castidad.

—De todos modos, las precauciones nunca estorban, aunque no esté casada con un señor feudal. Cerraré con llave la puerta del dormitorio —contestó Muriel.

Al quedarse solo, Bend se sirvió una copa y encendió un cigarrillo. Las cosas que ocurrían cada vez le gustaban menos y le parecían más incomprensibles. Empezó a preguntarse, lleno de dudas, si no habría obrado mucho mejor rechazando la propuesta de su amigo.

«Pero ¿cómo decirle no a un amigo en apuros? O se es amigo o no se es, y en el primer caso, hay que hacer todo lo que sea para ayudarle», pensó.

Al cabo de un rato, subió a su dormitorio y se acostó. Leyó un

rato pero no era capaz de concentrar la atención en las páginas del libro. Tampoco quería tomar un sedante, por lo que dejó el libro a un lado y cruzó las manos sobre el pecho.

El sueño llegó sin que se diera cuenta. Ni siquiera apagó la luz y se sorprendió al verla encendida, cuando le despertaron unos extraños golpes que sonaba en alguna parte. Tardó unos segundos en identificar el origen de los sonidos. Cuando descubrió que eran golpes de algo metálico contra una cañería, saltó de la cama, metió los pies en las zapatillas y se puso la bata.

Salió al corredor. Sus nudillos golpearon la puerta del dormitorio de Muriel.

—¡Despierta, pequeña! —gritó.

—Steve, ¿qué ocurre?

Bend hizo girar el pomo y abrió la puerta. Ella estaba ya sentada en la cama, alargando una mano hacia la bata.

—Garth ha golpeado la cañería —dijo.

—Eso significa que quiere hablar.

—Sí. Le hemos «ablandado», ¿eh?

De pronto, Bend se dio cuenta de que estaba en el umbral del dormitorio.

—¡Eh, la puerta no estaba cerrada con llave! —exclamó.

Muriel sonrió, mientras se anudaba el cordón de la bata.

—Confiaba en ti —respondió.

—¿Y si yo no hubiera hecho honor a tu confianza?

—Sé defenderme. Acuérdate del tipo que intentó violarme.

—Es cierto, Muriel.

—Pero eso no hubiera sido lo peor, Steve. Ya no te habría mirado más a la cara, ¿comprendes?

—Muriel, nunca tomo nada que no se me ofrezca voluntariamente —contestó él, muy serio—. Anda, vamos, date prisa; no tenemos que asistir a una fiesta.

Giró sobre sus talones y echó a correr. Muriel le siguió y la bata revoloteaba tras ella. En pocos momentos, estuvieron en el sótano.

Bend abrió la puerta y encendió la luz. Luego dijo:

—Bien, Miles, ya puedes empezar a hablar...

No terminó la frase. Garth no diría nunca nada. La cuerda que tenía en torno al cuello le había privado del habla para siempre.

Muriel abrió la boca, estuvo así un instante y luego se llenó los pulmones de aire, a la vez que daba media vuelta, para no contemplar aquel macabro espectáculo.

El aspecto de Garth era horrible. Claramente se veía que había forcejeado como un poseso para defenderse, pero la situación en que se hallaba no le había permitido evitar los efectos del cordón en torno a la garganta.

Bend meneó la cabeza pesarosamente.

—Está muerto por mi culpa —murmuró.

—No —contradijo ella—. Tú no podías saber...

—Debería haberlo dejado libre, Muriel.

—Miles no vino aquí a una hora normal y llamó a la puerta para charlar contigo. Tenía una pistola y lo más probable es que hubiese venido para quitarte de en medio, aunque luego dijera otra cosa. En tal caso, ha recibido una dosis de su propia medicina... si bien debo admitir que ha resultado hartamente amarga.

Bend pensó unos momentos en los golpes de las esposas contra la cañería. No, Garth no se rendía; simplemente, trataba de pedir auxilio... o tal vez eran solamente los espasmos causados por la presión de la cuerda.

De pronto, Muriel le tocó en el hombro.

—Ven, Steve.

Bend la siguió. Ella fue a la cocina y preparó café. Cuando lo tuvo hecho, le dio una taza.

—Ahora debemos enfrentarnos con el hecho de que hay un cadáver en la casa. ¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer?

—El asesino entró sin que las alarmas funcionasen —dijo el joven—. El sótano tiene ventanas a ras de suelo, pero no están protegidas por rejas. Por tanto, le fue fácil llegar a Garth.

—Sí, pero ¿sabía que estaba aquí?

Bend arrugó el entrecejo.

—Eso es lo que me preocupa. El único, tal vez, que podría imaginarse algo, es su hermano y no iba a estrangularlo. Al contrario, me habría buscado para exigirme la llave de las esposas... o se las habría cortado de un tiro...

—A mí se me ocurre otra idea, Steve.

—Dime, soy todo oídos.

—Te despertó el ruido de la cañería, ¿verdad?

—Sí, cierto.

—Bien, el tipo entró por el sótano y Garth lo vio...

—¿Con la luz encendida?

—Debió de encenderla para guiarse en la oscuridad. Llevaría tal vez una linterna... El caso es que Garth empezó a hacer ruido con la cañería y el asesino, viéndose descubierto, lo mató.

—Pudo haber escapado, ¿no crees?

—Escapó, pero no sin haber eliminado a un hombre que podía identificarlo —dijo Muriel.

Bend la contempló con admiración.

—Pequeña, sabes usar lo que tienes debajo de ese pelo tan bonito —dijo—. Pero ahora queda en pie el problema de deshacernos del muerto.

—Sí, es todo un problema. No irás a enterrarlo en el jardín, me imagino.

Garth reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—El asesino no ha avisado a la policía, o ya estaría esto inundado de tipos vestidos de azul. Por tanto, le conviene la discreción tanto como a nosotros.

—Conforme.

—Y en vista de esta brillante deducción, vamos a llevar el cuerpo de Garth a algún lugar donde no puedan relacionarlo con esta casa.

—Muy bien. Voy a cambiarme de ropa. Tú también, supongo.

—Claro, mujer. No voy a salir a estas horas con bata y pijama...

Bend maldijo entre dientes.

—Cada vez estoy más arrepentido de haber aceptado la petición de mi amigo —se quejó, mientras subían al piso superior.

—La culpa es tuya. Tú *hobbies* intervenir en casos detectivescos, cuando lo más lógico sería dedicarse a la pesca o a los trabajos de marquetería en madera fina —respondió ella irónicamente.

—Sólo intervine en un caso y ahora en éste... pero no volveré a repetirlo, te lo juro.

—¿Qué harás, entonces?

—Bueno, me ocupaba de los negocios de papá, pero puesto que estamos arruinados...

—Si quieres un puesto en mi negocio, Steve...

—No. Ya encontraré un empleo de camionero. O lo que sea; pero todo menos detective, aficionado o profesional —contestó él de mal humor.

Entró en su habitación y se cambió de ropa rápidamente. Luego aguardó a la joven en el corredor.

Muriel apareció poco después, ataviada con un jersey negro y pantalones del mismo color.

—Tu pobre hermana tenía una figura estupenda —dijo.

—Ahora no es más que una ruina física —contestó él.

De nuevo descendieron al sótano. Bend abrió la puerta y bajó un par de escalones, antes de detenerse en seco.

—Muriel, pellízcame, dime que no estoy soñando —exclamó.

—¿Qué ocurre, Steve?

La joven asomó la cabeza por encima del hombro de Bend. Inmediatamente, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡El cadáver ha desaparecido!

—Exactamente, pequeña.

Hubo una larga pausa de silencio. Muriel fue la primera en hablar.

—Bien, eso nos libra de una tarea poco agradable, ¿no te parece?

CAPÍTULO IX

Por la mañana, Bend se dispuso a salir. Antes de abandonar la casa, se encaró con la joven.

—Voy a ver a mi amigo Horton Shadbury. Quiero hablar con él más extensamente, a fin de ver si consigo averiguar datos que se me pasaron por alto —manifestó.

—Me parece muy bien. ¿Te espero aquí?

Bend le entregó un papel.

—Ésta es la dirección de la Rouck. No hables con ella; límitate a vigilar su casa. Llévate mi coche; un Volkswagen parado todo el día delante de la residencia de Tallulah se haría mucho más sospechoso que un vehículo nativo.

—Tienes razón. ¿Qué harás después de hablar con Shadbury?

—Tal vez vaya a ver a un conocido que, en ocasiones, me da informes. Necesito saber más de los Garth, ¿comprendes?

—Me pregunto qué habrá sido del cadáver...

—No te rompas la cabeza, pequeña.

Momentos más tarde, Bend abandonaba la casa y se dirigía a la del frustrado dueño de *Las tres gracias*. Horton Shadbury vivía en una preciosa villa, sobre una colina que dominaba la ciudad, rodeada por un jardín muy bien cuidado y con una piscina de respetables dimensiones. Una doncella, ataviada clásicamente, le recibió y los acompañó hasta la terraza posterior.

Shadbury estaba tomando el sol, en compañía de una espectacular pelirroja, cuya única vestimenta era un trocito de tela sujeta a las caderas por un cordón. La pelirroja se cubrió los senos presurosamente con una toalla.

Shadbury sonrió.

—No tienes por qué taparte, Lena —dijo—. Steve Bend es un

amigo de toda confianza.

—Sí, pero no estoy aquí para exhibirme delante de tus amigos —contestó la pelirroja desenvueltamente—. ¿Usted me comprende, no es cierto, señor Bend?

El joven sonrió.

—Comprendo perfectamente, señorita —respondió—. Horton, necesito hablar a solas contigo —declaró.

—Muy bien, vamos a mi despacho.

Shadbury se puso una bata de baño. Entró en la casa y tiró de un cordón. La doncella apareció a los pocos momentos.

—¿Señor?

—Prepare dos *whiskies* y llévelos a mi despacho, por favor.

—Sí, señor.

Shadbury puso una mano en el hombro de su amigo.

—Supongo que vienes a darme buenas noticias —dijo jovialmente.

—Te equivocas. Las noticias son peores que nunca —contestó Bend.

—¿Hablas en serio?

—Completamente, Horton.

Shadbury meneó la cabeza.

—Fui un loco —se lamentó—. Nunca debía haberme gastado tanto dinero en *Las tres gracias*...

—¿Cuánto pagaste? —preguntó Bend.

—Perdona, pero eso es algo que ni a ti te puedo decir siquiera.

—No sería una miseria, supongo.

—Hombre, comparado con el valor real... —sonrió Shadbury.

—Está bien. Me dijiste que te la robaron de casa. ¿Dónde la guardabas?

Shadbury señaló una mesita redonda, situada en un ángulo del despacho.

—¿Ahí, a la vista de todo el mundo? —se asombró Bend.

—¿Por qué no? Parecía un grupo decorativo, hecho de metal dorado, ya sabes, esas figuritas baratas que se hacen con plomo o antimonio y luego reciben un baño de oro, cuando no de purpurina. Muy pocos habrían podido imaginarse que era una obra salida de las divinas manos de Cellini.

Bend se acarició el mentón pensativamente.

—Sí, claro, a la vista de todo el mundo... inspira menos atención que si se escondiera en una caja fuerte...

La doncella entró en aquel momento con la bandeja en las manos y se marchó después de haberla dejado sobre la mesa en que había reposado la obra de Cellini. Bradbury cogió un vaso y se lo ofreció al joven.

—Steve, la recompensa sigue en pie —dijo.

—Lo sé —contestó Bend—. ¿Estabas en casa cuando te robaron la joya?

—Sí, claro. Fue durante la noche, no cabe la menor duda.

—¿No tienes sistemas de alarma?

Shadbury hizo un gesto desdenoso.

—¿Para qué? Nunca me habían robado nada... Aquí no hay cosas de valor: un poco de dinero, algún mueble caro, tres o cuatro televisores... Nada que atraiga la atención de un ladrón amigo de lo ajeno. Además, tengo dos perros. Los durmieron por la noche, ¿sabes?

Bend hizo un gesto de aquiescencia.

—Y no te han pedido rescate —dijo.

—En absoluto. Parece como si el ladrón y la joya hubieran sido tragados por la tierra.

—Bueno, veré lo que hago..., aunque me parece muy difícil llegar a un resultado satisfactorio. No obstante, haré todo lo que pueda.

Shadbury le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Tú lo conseguirás, muchacho —exclamó con aire satisfecho.

La pelirroja pasó en aquel momento por delante de la ventana. Se había puesto una bata corta y hacía un ruido enorme al caminar, debido a los zapatos de suela de madera que calzaba en aquellos momentos.

—Vaya prójima, tú —dijo Bend—. ¿De dónde las sacas?

—Shadbury se echó a reír.

—La fabriqué en mi laboratorio secreto —contestó.

Mientras, Lena llegaba a la cocina, en donde la doncella se ocupaba de limpiar unos cacharros.

—Susie —dijo.

—¿Sí, señorita Lena?

—Tengo sed y deseo un refresco... No, no se moleste, yo misma

lo cogeré del frigorífico.

—Como guste, señorita.

Lena se acercó al enorme refrigerador y abrió la puerta del departamento más grande. Entonces vio a un hombre sentado en el interior del aparato.

—Amigo —dijo—, es cierto que hace calor, pero no tanto como para encerrarse ahí adentro.

El hombre no contestó. Susie, la doncella, se volvió sonriendo, porque pensaba que la pelirroja tenía ganas de broma. Vio también al hombre acuchillado en el interior del refrigerador y pegó un chillido que hizo vibrar todos los cristales de la cocina.

—¡Está muerto! —gritó.

La pelirroja abrió la boca primero. Luego cayó hacia atrás, víctima de un desmayo fulminante, sin pronunciar una sola palabra.

* * *

El Volkswagen se detuvo a unos cincuenta metros del otro coche. Bend se apeó, cubrió la distancia sin prisas y luego abrió la portezuela para sentarse junto a Muriel.

—¿Novedades?

—Ninguna —contestó la joven.

Bend sacó dos cigarrillos y pasó uno a Muriel, después de haberlos encendido. Ella aspiró el humo lentamente.

—Es una labor tediosa, aunque creo que sacaremos algo —dijo.

—¿Sí?

—Rom Garth está adentro, con Tallulah.

—¿Lo sabes seguro?

—Le he visto una vez, mirando a través de la ventana. Debe de hacerlo con frecuencia, porque veo moverse los visillos.

—¿Qué ventana es?

Muriel se la señaló. Bend contempló la fachada de la casa, de estilo pretendidamente español, con tejas rojas y muros blancos. La ventana indicada estaba en el primer piso.

—El dormitorio de Tallulah —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Bend sonrió.

—Acabas de hacer una pregunta estúpida —dijo.

—En épocas pasadas, a los tipos de tu clase se les calificaba de libertinos.

—Sí, y salían cantando en las óperas, como, por ejemplo, *La Traviata* eran protagonistas de dramas estilo *La dama de las camelias*.

—He visto a Tallulah una vez. Es un peso pesado.

—Sí, está gordita, pero a los hombres nos gustan las mujeres con buenas carnes. Supongo que a Rom le pasará lo mismo. Pero dijiste que se asoma con frecuencia a la ventana.

—Lo correcto es decir que se acerca. No se deja ver ni una sola vez.

—Muy bien. Eso significa que espera a alguien.

—¿A quién, Steve?

—Al comprador de *Las tres gracias*, supongo.

—¿Crees que la tiene él?

—No tardaremos mucho en saberlo. Incidentalmente, hemos encontrado a Miles Garth.

Muriel se estremeció.

—¿Dónde estaba?

En el frigorífico de mi amigo Shadbury.

—Tienes una fantasía desbordante. ¿Esperas que me crea ese cuento?

—Lo creas o no, es la pura realidad.

Bend se apeó antes de que ella pudiera hacerle más preguntas. El joven había visto una cabina telefónica a unos ochenta metros y se dirigió hacia ella sin vacilar.

Momentos después, tecleaba un número. Una voz de mujer contestó a los pocos instantes:

—Tallulah Rouck —dijo—. ¿Quién llama?

—Quiero hablar con Rom Garth, señora —pidió el joven, procurando disfrazar la voz.

—¿Garth? No le conozco...

—Señora, no trate de engañarme. Sé que Rom está en su casa. Si no quiere pedirle que se ponga al teléfono, dígame que su hermano Miles ha aparecido muerto. En casa de Horton Shadbury, para ser exactos.

Bend colgó el teléfono. Había numerosos árboles que flanqueaban la avenida y se ocultó detrás del tronco de uno de

ellos.

Transcurrieron diez minutos. De pronto, un individuo salió de la casa a todo correr, entró en un coche y arrancó disparado, como si huyera del diablo.

Bend sonrió satisfecho.

—Paso libre —murmuró.

Silbando alegremente, se encaminó hacia la casa de una antigua conocida, con la cual hacía mucho tiempo no tenía ninguna relación.

* * *

Tallulah era una mujer que rondaba los cuarenta, pero muy atractiva todavía. El pelo, rubio natural, había sido aclarado por medios químicos y resultaba evidente que luchaba con denuesto contra el exceso de peso. Al ver a Bend lanzó una exclamación de sorpresa.

«Y no tiene nada de alegre», pensó él.

—No me esperabas —sonrió.

—A decir verdad, no creí volverte a ver en mi vida —declaró Tallulah—. ¿Quieres tomar algo?

Estaba muy nerviosa, apreció Bend.

—Gracias, no tengo ganas. O sí, mejor dicho... Tomaré algo, un objeto de arte titulado *Las tres gracias*, por ejemplo.

El rostro Tallulah se tornó gris.

—No..., no sé de qué me estás hablando, Steve —dijo tartamudeando.

Bend no se inmutó y paseó la vista por la habitación. Era una sala muy amplia y en uno de los rincones se veía una mesita de contornos hexagonales y estilo indudablemente árabe. La mesita parecía más bien un prisma, ya que tenía paredes laterales que se prolongaban hasta diez centímetros del suelo, donde surgían las patas, unos cilindros muy cortos, rematados en sendas bolas.

—Garth estaba aquí contigo —acusó él—, le han llamado por teléfono. Su hermano ha sido asesinado.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto el cadáver de Miles.

Tallulah se desplomó sobre un sillón.

—Dios mío, no pensé que esto acabaría en un asesinato...

—Ha habido más muertes —dijo él—. ¿Cuánto iba a tocarte en el negocio?

—Ci... cincuenta mil.

—No es mucho, teniendo en cuenta lo que vale la joya, Tallulah.

—Es que... el comprador sólo pagará seiscientos...

—¿Por qué?

—No lo sé. Rom es el que lleva las negociaciones...

El timbre de la puerta sonó repentinamente.

Tallulah se puso en pie de un salto. Estaba aterrada.

—¡Ya ha vuelto! —exclamó—. Tienes que esconderte, Steve...

—Es demasiado pronto —objetó él—. Anda, ve a abrir.

Ella asintió. Abandonó la estancia y se fue hacia la puerta. Bend, por su parte, corrió hacia la mesita árabe.

Momentos después, abrió una ventana y dejaba caer algo al exterior. Cerró y luego quedó en la sala en actitud indiferente.

La voz irritada de un individuo sonaba en el vestíbulo:

—Le aseguro que ya estoy harto de dilaciones, señora. Ustedes me pidieron una cantidad a cambio de cierta joya y he traído el dinero conmigo, a pesar de los riesgos que ello comporta. O me entrega la joya ahora mismo o me marcho inmediatamente y no vuelven a verme más en los días de su vida.

—Es que... él no está ahora...

—¿Quién es «él», señora Rouck?

—Mí... bueno, mi socio... Pero no tardará mucho en volver... A fin de cuentas, usted también se ha retrasado...

—Señora, reunir seiscientos mil dólares no es cosa que se pueda hacer en un cuarto de hora —contestó el visitante con profundo desagrado—. Está bien, le concederé treinta minutos, pero ni uno más. ¿Entendido?

—Sí, muchas gracias, señor Theedds... Discúlpeme un momento, por favor.

Tallulah fue hacia la sala y abrió la puerta. Una de las ventanas que daban a la fachada principal estaba abierta y las cortinas ondeaban a causa de la brisa que penetraba por el hueco. No había el menor rastro de Bend y pensó que había escapado por la ventana.

—Pase, pase, señor Theedds...

El visitante entró, sujetando con ambas manos un maletín de

buenas dimensiones, que depositó sobre la mesa. Tallulah sonrió y destapó una botella.

—Le apetece un trago, supongo —dijo.

—Sí, muchas gracias.

Transcurrieron unos minutos. Tallulah, muy nerviosa, hablaba a veces incoherentemente. De pronto, se oyó el timbre de la puerta.

—Ah, ahí está... Dispense un momento, señor Theedds.

—Sí, desde luego... Perdone, señora Rouck, necesito lavarme las manos...

—Claro —sonrió ella—. Venga y le indicaré el camino.

La habitación se quedó sola unos momentos.

Pisando de puntillas, Bend surgió desde el otro lado de unas cortinas, donde había estado escuchando todo lo que se decía en la sala. Se acercó a la maleta y aflojó las presillas. Los fajos de billetes, perfectamente apilados, aparecieron en el acto ante sus ojos.

CAPÍTULO X

Tallulah y Garth entraron en la habitación.

—¿Dónde está Theedds? —preguntó el hombre.

—Ha ido al baño... Vendrá en seguida, Rom. ¿Es cierto que tu hermano ha muerto? Garth asintió sombríamente.

—Lo peor de todo es que... —Se pasó la mano por la boca y emitió un espantoso juramento—. Maldita sea, tropecé con él y le atacué antes de que pudiera hablar... Tallulah le miró horrorizada.

—¿Quieres decir que fuiste tú el que mató a Miles?

—Sí, pero no lo repitas o...

Sonaron pasos que se acercaban. Theedds apareció a la vista de la pareja.

—¡Hola! —saludó jovialmente—. De modo que éste es el buen Rom Garth, el hombre capaz de traer la *Monna Lisadesde* el Louvre de París, si se lo piden. Naturalmente, si le pagan bien la operación, claro.

—Y si me lo encargan, voy a Madrid y me traigo el *Guernica* —dijo Garth, riendo forzosamente.

—Bueno, bueno, vamos al grano. Esas obras son inalcanzables y prefiero otras de más fácil transporte. ¿Dónde está? —preguntó Theedds.

—Una pregunta, por curiosidad —dijo Tallulah—. Señor Theedds, ¿usted quiere *Las tres gracias* para sí mismo o por encargo de algún cliente caprichoso?

—Eso no es de su incumbencia, señora —contestó el sujeto ásperamente—. Bueno, ¿me enseñan la obra o...?

—Espere un momento —pidió Garth—. La joya está aquí, en casa. Pero usted no nos ha enseñado todavía el dinero.

—Muy justo —admitió Theedds.

Se acercó al maletín, apretó las presillas y levantó la tapa. Una exclamación de ira brotó en el acto de sus labios.

—¡Maldición! ¡Me han robado!

Con ojos incrédulos, contempló los libros que había en el maletín. Tallulah no se sentía menos atónita.

Garth soltó una risita.

—Conque traía el dinero, ¿eh? —exclamó burlonamente—. ¿Pensaba acaso timarnos con una maleta llena de libros, en lugar de los billetes?

Theedds se volvió furioso hacia Garth.

—La maleta se quedó aquí sola unos minutos —gritó—. Algún cómplice de los dos me la vació...

—¡No sea estúpido! En estos momentos, no hay nadie en casa, salvo nosotros tres.

—Me están engañando..., me han engañado desde el primer momento... Y ni siquiera he visto la obra de Cellini...

Garth le apuntó con el índice.

—Señor Theedds, puedo asegurarle que estamos tan sorprendidos como usted. Y para demostrarle nuestra inocencia, le vamos a enseñar *Las tres gracias* ahora mismo. ¿Tallulah?

—Sí, Rom.

La mujer se acercó a la mesita árabe, se puso en cuclillas y oprimió un resorte. Las paredes laterales se abrieron como las hojas de un libro.

Un grito de angustia brotó de su garganta en el acto:

—¡Rom, no está!

Garth se volvió, estupefacto.

—¿Qué estás diciendo? ¡La vi no hace una hora...!

—Te digo que no está, Rom —insistió ella—. Míralo tú mismo, si no me crees...

—Muy bien —terció Theedds fríamente—. He aquí a una pareja de estafadores, que me trajeron con el cuento de una obra de Cellini, para «limpiarme» seiscientos mil dólares. Bien, me iré sin la obra de arte, pero no sin el dinero.

Inesperadamente, sacó un revólver y disparó dos veces contra Garth. El sujeto se desplomó, fulminado.

Luego, Theedds volvió el arma hacia Tallulah.

—Señora, lo que he hecho debe servirle de ejemplo —dijo

rabiosamente—. Tiene cinco segundos exactamente para decirme dónde está el dinero o juro que la envió a hacer compañía a su socio.

Tallulah estaba bajo los efectos de un ataque de terror.

—Yo... no lo sé... —lloriqueó—. Le juro que...

Ninguno de los dos vio la mano que asomaba fuera de unas cortinas y tanteaba ligeramente, hasta dar con un jarrón situado sobre una consola contigua. El jarrón voló repentinamente por los aires y se estrelló contra el cráneo de Theedds, quien cayó como un saco, perdido el conocimiento instantáneamente.

Para Tallulah, la situación había alcanzado su clímax. Emitió un hondo suspiro, cerró los ojos, dobló las rodillas y rodó sobre la alfombra.

Bend surgió de su escondite y meneó la cabeza al ver el ensangrentado cuerpo de Garth.

—Han hecho justicia contigo —murmuró.

Luego, discretamente, abandonó el lugar de la escena.

* * *

Cuando llegó a su casa, vio un objeto envuelto en un paño negro, sobre una mesa. Muriel apareció casi en el acto, con una bandeja en las manos.

—Vamos a celebrar la recuperación de *Las tres gracias* —propuso.

Bend respingó.

—Eso lo explica todo —dijo.

—¿Qué, Steve? —preguntó ella dulcemente.

El joven la miró de reojo.

—Me viste cuando la dejaba al pie de la ventana —acusó.

Los ojos de Muriel chispeaban.

—El ladrón robado... —dijo con sorna—. La llevé inmediatamente al coche y luego volví para tratar de escuchar algo. Me di cuenta de que el dinero había volado... ¿Lo hicieron ellos?

—No, lo hice yo.

Bend removió el azúcar de su taza de café. Muriel se sentía estupefacta.

—¿Robaste el dinero? Pero ¡si apenas tuviste tiempo! —exclamó.

—Me bastaron dos minutos —explicó él—. Los billetes siguen todavía en la casa, con el cadáver de Garth...

—¡Garth ha muerto!

—Lo mató Theedds, el comprador.

Muriel se dejó caer en una silla.

—Creyó que intentaban estafarle —adivinó.

—Exacto. Ya sabía que el dinero había desaparecido. Entonces, Rom Garth, para tratar de convencerle de su buena voluntad, quiso enseñarle la joya. Tallulah abrió el escondite... ¡y se lo encontró vacío!

—Increíble —dijo ella, todavía bajo los efectos de la sorpresa.

—Hay cosas aún más asombrosas. Por ejemplo, fue Garth el que asesinó a su propio hermano.

—¡No, Steve! —chilló la joven.

—Fue una trágica equivocación. Garth entró en la casa, por el sótano, a oscuras. Tropezó con un bulto que se movía, supo que era un hombre y, sin hacer más preguntas, le puso una cuerda al cuello y apretó. Luego escapó, cuando se dio cuenta de que las esposas hacían un ruido infernal contra la cañería.

—¿Y no fue él quien se llevó el cadáver?

—No. Lo habría sabido muy poco después. ¿No le viste salir disparado de casa de Tallulah, apenas les di la noticia por teléfono?

Muriel movió la cabeza afirmativamente.

—Este caso es lo más complicado que he visto en mi vida —dijo—. Steve, si tenías tan poco tiempo... Seiscientos mil dólares no es una cantidad que uno pueda echarse al bolsillo. ¿Cómo lo hiciste tan rápidamente?

—Muy sencillo. Desde la mesa donde estaba el maletín con el dinero, lancé los fajos de billetes bajo el diván que había al otro lado de la estancia. Tiene faldas que llegan hasta el suelo... y transcurrirá un tiempo antes de que a nadie se le ocurra pasar el aspirador por allá abajo.

—Eres un tipo fantástico —calificó ella—. Luego pusiste libros en el maletín.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo habría hecho, de hallarme en tu lugar.

—Había una estantería decorativa, con dos docenas de libros —sonrió él.

—Bien, ahora supongo que Tallulah se va a ver en un buen conflicto —dijo ella.

—Saldrá bien, aunque con mucho dolor de cabeza. Espero que esto la haga ser más prudente para lo sucesivo.

—¿Por qué se metió en el asunto?

—Bueno, yo calculo que Garth la sorbió el seso y ella se dejó persuadir, tanto por las habilidades amatorias de Garth, como por los cincuenta mil dólares que le prometió, una vez consumada la venta.

—¿Una mujer de su clase... Mezclada en una estafa? —se extrañó Muriel.

—En primer lugar, Tallulah tiene menos cerebro que un mosquito. Y, por si fuese poco, su situación económica no es lo que se dice precisamente satisfactoria. Garth necesitaba a alguien que pudiera ofrecer un aspecto respetable y la eligió a ella.

—Eso quiere decir que había planeado el golpe desde hacía mucho tiempo —presumió la joven.

—Esas cosas no se hacen en un día precisamente, y la noticia de que la joya venía al país, debió de haberse extendido mucho tiempo atrás —respondió Bend—. No tienes más que recordar la cantidad de moscones que han estado revoloteando tras ella desde el primer momento.

Muriel asintió pensativamente.

—Tienes razón —concordó—. Bien, ya tenemos la joya y... ¿cuándo se la vas a devolver a su dueño?

El teléfono sonó de pronto. Muriel alargó la mano, levantó el aparato y escuchó unos momentos. Luego se lo pasó al joven.

—Es para ti —indicó—. La secretaria de un tal Kopper.

—¡Kopper! —resopló Bend.

—¿Lo conoces?

El joven no contestó. Acercó el teléfono a la cara y dijo:

—Soy Bend. ¿Qué desea de mí, señorita?

—Señor Bend, el señor Kopper desea hablar con usted urgentemente, hoy mismo, en su residencia personal. ¿Le parece bien las nueve de la noche?

—Será un placer, señorita. Estaré en casa del señor Kopper a las nueve en punto.

Bend colgó el teléfono y se volvió hacia la joven.

—Es Lexington P. Kopper —dijo.

Muriel silbó.

—Algunos dicen que los jeques árabes, esos que son dueños del petróleo, son mendigos comparados con Kopper —contestó.

—Sí, es muy rico.

—Tú lo conoces, por lo visto.

—Era un gran amigo de mi padre. Tengo que verle a las nueve de la noche.

—Muy bien, te prepararé algo de cena...

—Muriel, tú te quedarás en casa. Debes vigilar la joya.

—Ve tranquilo, pero no dejes de contarme lo que te ha dicho Kopper en cuanto vuelvas.

—¿En tu dormitorio o en el salón?

—Abriré un agujero en la puerta, para poder hablar a través de él.

—Sigues tan desconfiada, ¿eh?

—Protejo mi virtud —contestó ella modestamente, con los ojos bajos.

—Tengo un amigo talabartero. Le encargaré un cinturón de castidad.

—Ah, todavía existe esa vieja profesión...

—Hay muchos aficionados a la equitación y se necesitan sillas de montar. ¿Puedo, al menos, darte un casto beso en la frente?

Muriel se echó a reír.

—Hombre, también lo aceptaría en la boca..., pero normal, sin apretar a estilo Drácula.

—Drácula mordía en el cuello.

—Y luego las besaba y... —Muriel suspiró—. Adelante, bésame.

Bend lo hizo de muy buena gana. Luego dijo:

—Mientras preparas un bocadillo, iré a cambiarme de ropa; no puedo presentarme así en la casa de Kopper.

Muriel se quedó sola unos momentos. Luego aflojó el cordón que unía la boca del saco de terciopelo que contenía la joya.

El brillo del oro se expandió inmediatamente por la estancia. Muriel estuvo contemplando durante unos momentos aquella obra de arte, realizada cuatrocientos años antes.

De pronto, creyó notar algo extraño. Fue a su bolso y extrajo una pequeña lupa, con la que regresó junto a la mesa. Luego

empezó a revisar la joya, centímetro a centímetro, hasta que encontró lo que buscaba.

Sonrió para sí, mientras volvía a atar la boca del saco. Luego se fue a la cocina, encendió el fuego y empezó a preparar la cena.

CAPÍTULO XI

Un correctísimo mayordomo condujo a Bend a través de un anchuroso vestíbulo, hasta un gran salón-biblioteca, en donde se veía a un hombre sentado tras una mesa de trabajo.

—Señor, el señor Bend —anunció el mayordomo.

—Gracias, Richard, puedes retirarte —dijo Kopper—. Yo mismo serviré de beber a mi visitante.

—Bien, señor.

La puerta se cerró. Kopper se incorporó y tendió una mano al joven.

—¿Cómo estás, Steve?

—Perfectamente, señor, aunque asombrado de su llamada —contestó Bend.

—Lo sabrás muy pronto. ¿Una copa?

—Gracias, señor, con mucho gusto.

Kopper se levantó y fue a una mesa con servicio de licores. Puso dos dedos de coñac en una enorme copa casi esférica y se la llevó al joven.

—¿Un cigarro?

—Eso no, gracias —sonrió Bend—. Si me permite, un cigarrillo.

—Claro, hombre, estás en tu casa. A propósito, no te he preguntado aún por tus padres.

—Están bien, señor.

—¿Tus hermanas?

—¿A cuál de las dos se refiere, señor?

Kopper soltó una alegre carcajada.

—De la mayor tengo excelentes noticias —contestó—. En cambio, la que te sigue a ti... Espero que haya sentado la cabeza, Steve.

—Ya tiene quien la ayude, señor.

—Sí, es cierto. Lo malo es... ¿por qué los jóvenes de hoy día no aceptan ciertos actos tradicionales?

—Rebeldía, supongo... y también deseos de no complicarse la vida.

—Lo hicieron sin avisarnos —se lamentó Kopper.

—Bueno, era cuestión de ellos dos, principalmente.

—Eso sí es cierto. Bien —suspiró Kopper, mientras volvía detrás de su mesa—, supongo que piensas que no estás aquí para hablar de mis problemas familiares.

—En cierto modo, también son míos —sonrió Bend—. ¿Cuál es su problema, señor Kopper?

—Las tres gracias, *de Cellini*.

Bend tomó un sorbo de coñac. Luego paseó la mirada por el interior del despacho. Había media docena de cuadros, firmados por los más famosos artistas, y cualquiera de ellos habría sido el sueño de un coleccionista.

—¿También quiere comprar esa joya, señor? —preguntó al cabo.

—Estuve a punto de comprarla. Mis asesores me desaconsejaron la operación.

Bend sabía que si bien Kopper no sólo era coleccionista, sino también experto en arte, y, a pesar de todo, nunca compraba nada sin haberse asesorado a fondo por personas todavía más entendidas que él.

—¿Puedo conocer los motivos, señor?

—Sí, desde luego.

—Perdón, señor —dijo el joven—. Usted me ha llamado para hablarme de esa obra de arte, pero es indudable que sabía algo sobre mis actos en este asunto.

Kopper sonrió.

—Me lo dijo el propio dueño de la obra —contestó.

—Ah...

—Yo sabía que había sido robada y esperé un tiempo, para ver el desenlace de la operación.

—Pero luego ha desistido.

—Sí, he desistido. Estás ardiendo de curiosidad, por conocer los motivos de mi desistimiento, ¿verdad?

—Lo admito, señor.

Momentos después, Bend estaba enterado de la verdad.

—No puedo creérmelo, señor —manifestó.

—La opinión de los expertos es unánime sobre el particular —declaró Kopper—. Claro que admiten también que pueden equivocarse, pero todos ellos admiten que el margen de error en sus informes es inferior al uno por ciento. Pero en una obra de arte, no se puede admitir ese margen de error. Tiene que ser auténtica al ciento por ciento. Al menos, yo lo pienso así.

—Completamente de acuerdo, señor.

—Otros coleccionistas prefieren correr el riesgo. Raramente se equivocan, pero, a veces, surgen los errores y entonces pierden todo el dinero invertido. Nunca he comprado yo una obra de arte de cuya autenticidad no estuviese absolutamente seguro, de un modo que no quede lugar a la más mínima duda.

Bend apuró su copa y se puso en pie.

—Gracias por haberme llamado, señor —dijo.

Kopper se levantó también.

—Celebro haberte sido útil en algo, muchacho. De otro modo, no te habría llamado, pero estimé conveniente ponerte en guardia.

—Se lo agradezco infinito. Tendrá noticias mías.

Ha sido un placer, Steve. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

* * *

La casa era modesta, de una sola planta, con un pequeño jardín a su alrededor. Desde el coche, Muriel vio al fondo un cobertizo de ladrillo, con ventanas polvorientas, y tejado de chapa, del que sobresalía el tubo de hierro de una chimenea.

En la casa, más cerca, había luz. Muriel se apeó, cruzó la acera, recorrió el jardín y llamó al timbre de la puerta. Un perro ladró inmediatamente. Dentro de la casa se oyó la voz de una mujer que reprendía al can. Los ladridos cesaron el acto.

Un ojo estudió a la joven a través de la mirilla. Luego, la puerta se entreabrió.

—¿Qué desea, muchacha? —preguntó la mujer.

—Busco al señor Saenger, señora —dijo Muriel—. Deseo hablar con él... Inesperadamente, la mujer se echó a llorar. El perro, un

pekinés blanco y rojo, volvió a ladrar.

Muriel se desconcertó.

—¿Le ocurre algo, señora?

La mujer trató de contener las lágrimas.

Mi esposo murió... hace dos semanas...

—Oh, cuánto lo siento —dijo la joven—. Le aseguro que lo ignoraba por completo... Reciba mis condolencias, señora Saenger, y le ruego me disculpe mi ignorancia.

Muriel vaciló un momento y añadió:

—Desearía hablar con usted, si no tiene inconveniente.

Clara Saenger se echó a un lado.

—Pase, señorita... ¡Quieto, «Bick»! —Se dirigió al perro.

«Bick» olfateó las piernas de la joven y luego meneó la cola.

Muriel se inclinó para hacerle unas caricias.

—Es un perro precioso —elogió—. Señora Saenger... Perdón, no me he presentado todavía. Soy Muriel Donner, detective privado.

—¡Tan joven! —se asombró la mujer.

Muriel sonrió.

—Ya ve... El oficio me gusta... Necesito hacerle unas preguntas, señora.

—Claro —accedió ella—. Tome asiento, por favor.

La casa era pequeña, pero bien cuidada. Muriel se sentó, con las rodillas juntas y el bolso encima.

—Hubiera querido hablar con su esposo, pero ya que no es posible, por desgracia, me gustaría que usted contestase a algunas preguntas... si conoce las respuestas.

—¿De qué se trata, señorita?

Muriel abrió el bolso y sacó una fotografía, que puso en manos de la señora Saenger.

—Sí, reconozco la obra —dijo Clara al cabo de unos instantes.

—La hizo su esposo.

—En efecto, él la hizo.

—Señora, ¿puede decirme cómo se inspiró su esposo para realizar la obra?

—Bien, vino el cliente, le enseñó un bosquejo y mi marido realizó luego un diseño mucho más perfecto. Cuando lo tuvo terminado, se lo mostró al cliente y éste lo aprobó. Entonces, ya no quedó sino realizar el procedimiento adecuado: modelado, vaciado

de moldes y luego la fundición.

—Sin duda, en el cobertizo que hay al fondo del jardín.

—En efecto, allí es donde mi marido tenía su taller y donde realizaba los trabajos que le encomendaban, principalmente, de forja de hierros, aunque tampoco desdeñaba otros como el de la fotografía.

—Gracias, señora Saenger. Por casualidad, ¿conoce usted el nombre del cliente?

—Espere un momento, se lo ruego.

Clara se levantó. El perro saltó al regazo de la joven y ella lo acarició, mientras la señora Saenger hojeaba un viejo libro con tapas de cartón.

—Sí, aquí está, la fecha y el nombre... Míster Jones, dos mil quinientos, por tres figuras... Hay algunos datos técnicos más, pero no creo que le interesen.

—Permítame, señora —rogó Muriel.

Dejó al can en el suelo, se levantó y, con una micro cámara, obtuvo un par de placas del asiento relativo a la obra encargada por Jones. Luego se volvió hacia la mujer.

—Muchísimas gracias, señora Saenger... Ah, olvidaba una cosa... ¿Vio en alguna ocasión al señor Jones?

—Sí, era alto, supongo que guapo, distinguido...

—¿Por qué supone que era guapo, señora Saenger?

—Me lo pareció. Llevaba grandes gafas negras... y bastante presumido. En la mano izquierda llevaba dos sortijas, una de ellas con un rubí muy grande, rodeado de diamantitos.

—No sé cómo darle las gracias... Créame, lamento infinito la muerte de su marido. Viéndola a usted, supongo que aún debía de ser joven...

—Cincuenta y dos años, pero estaba fuerte como un roble —respondió Clara—. Habría podido vivir muchísimos más, si no le hubiesen matado de un tiro, señorita Donner.

* * *

Cuando llegó a casa, se encontró a Bend sentado ante la mesa donde se hallaba la obra de Cellini, contemplándola con sonrisa sardónica. Muriel vio, además, algunas partículas de oro esparcidas

sobre la superficie de la mesa.

—Por fortuna, es falsa —dijo el joven—. De lo contrario, habrías abandonado vergonzosamente algo que vale dos millones y medio.

—Vale, exactamente, la milésima parte —contestó la joven desenvueltamente—. Me lo ha dicho la viuda del autor.

Bend se volvió hacia la muchacha.

—Ah, tú también has adivinado que es falsa.

Muriel sonrió. Cogió la obra con las dos manos, la volcó y enseñó la parte inferior de la base.

—Aquí tienes —dijo—. La firma del autor: M. Saenger, asesinado, además, por el hombre que le encargó la obra. Bueno, no lo sé con exactitud, pero le doy noventa y nueve números en un sorteo de cien.

—Kopper tenía razón —murmuró él.

—Ah, también lo sabe.

—Es un coleccionista de categoría, pero no compra nunca nada, a menos que esté totalmente seguro de la autenticidad de la obra. Antes de iniciar siquiera el menor trámite de compra de *Las tres gracias*, hizo que sus expertos investigasen sobre el particular, con la fotografía de la obra de arte. A esos entendidos les costó un trabajo ímprobo descubrir la verdad, pero, al fin, diagnosticaron la falsedad de la obra.

Muriel sonreía de un modo peculiar.

—¿Cómo supieron que se trataba de una falsificación?

—Sencillamente, Cellini no realizó jamás un trabajo semejante de orfebrería. Entonces, yo vine aquí, rasqué un poco y encontré debajo el antimonio que forma parte principal de la estructura. Pero ¿de qué te ríes? —preguntó él, un tanto amoscado.

—¡Expertos! —dijo Muriel burlonamente—. Han tenido que romperse la cabeza, exprimirse los sesos y quemarse las pestañas para llegar al fin a la conclusión de que se trata de una falsificación.

—Y tú lo adivinaste en seguida.

—En cuanto le eché el ojo, modestia aparte.

—Sin raspar la capa dorada, es imposible saber... Claro que está la firma del artista...

—Encontré la firma después de saber que era una falsificación.

—Bueno, pero verías algo que te hizo sospechar...

Muriel apoyó el dedo índice en la minúscula cabeza de una de

las diosas.

—¡Hombre de Dios, esto es un peinado del siglo xx! —exclamó.

Bend contempló el lugar señalado por la joven y lanzó una estruendosa carcajada. Pero se puso serio muy pronto.

—Muriel, no es cosa de broma —dijo.

—No, no lo es —convino ella.

—Han muerto varias personas, Saenger entre ellas. Posiblemente, es el único inocente, pero, aun así, son asesinatos.

—No conocemos al autor de esas muertes, Steve. Bueno, no todas, pero sí la de Saenger, la de Apolo... ¿Tienes tú alguna idea de quién pueda ser, Steve?

—Sí, Muriel, ahora ya sé quién es —respondió el joven. Lentamente, se acercó al teléfono, marcó un número y esperó a obtener respuesta. Cuando oyó una voz al otro lado del hilo, dijo:

—Horton, tengo *Las tres gracias*. Prepara los doscientos cincuenta mil dólares, en billetes de cien. Cuando tengas listo el dinero, avísame para hacer el intercambio.

CAPÍTULO XII

Shadbury arqueó las cejas al ver entrar a Bend, acompañado de una hermosa muchacha. Bend llevaba en las manos un saquete de tela negra, que puso encima de una mesa.

—Steve, ¿quién es la dama? —preguntó.

—Muriel Donner, de Investigaciones Donner —contestó el joven.

—Mi padre es el director de la agencia —declaró Muriel—. Ahora se halla de vacaciones y yo ocupo su puesto. Normalmente, colaboro con él y nos va muy bien.

—La felicito, señorita —sonrió Shadbury— Steve, tengo el dinero preparado.

—Lo celebro, Horton.

Shadbury abrió un maletín que había encima de la mesa y en el que, cuidadosamente apilados, se veían numerosos fajos de billetes.

—En efectivo, como pedías. Dos mil quinientos billetes de a cien dólares.

Impasible, Bend cerró el maletín con el dinero.

—Ahí tienes *Las tres gracias* —dijo—. Cuando nos marchemos, puedes tirarlas a la basura, si quieres. Nadie lo lamentará.

Shadbury lanzó una risita forzada.

—Qué cosas tienes, Steve... Señorita Donner, mi amigo siempre tuvo un gran sentido del humor.

—Se necesita tenerlo, sobre todo, después de que uno se ha jugado el pellejo por algo que sólo costó dos mil quinientos dólares —dijo Muriel.

—¿Cómo dice, señorita?

—No se haga el sorprendido. Lo sabe mejor que nadie.

Muriel desató la boca del saquete y puso las esculturas al descubierto. Luego inclinó la obra y enseñó la parte oculta de la

base.

—M. Saenger —indicó.

Shadbury tenía ahora las facciones tensas.

—Bueno, admitámoslo, fue una falsificación. Pero quería tenerla en casa, para que no me robasen la joya auténtica...

—Cellini no hizo jamás una obra semejante —afirmó Bend.

—¿Cómo puedes saberlo, Steve? —gritó Shadbury.

—Anoche sostuve una interesante conversación con Lexington P. Kopper. Supongo que habrás oído mencionar ese nombre, ¿verdad?

Shadbury asintió y Bend prosiguió:

—Tú le tanteaste y él, en un principio, dispuesto a comprar, hizo que sus expertos considerasen la oferta. El dictamen de esos expertos fue negativo y ya lo conoces.

—Son unos zoquetes —protestó Shadbury—. Esto que vemos aquí es una copia exacta de la obra auténtica de Cellini.

—¿Ah, sí? —dijo Muriel—. Ha dicho exacta, si no he oído mal. Cellini, señor Shadbury, podía ser muchas cosas, pero lo que no tenía medios de saber de ninguna manera es cómo irían peinadas las mujeres casi a finales del siglo xx. Usted no le dijo a Saenger nada en ese sentido y el pobre hombre, claro, puso a sus desnudos peinados completamente actuales.

En el rostro de Shadbury se borró toda señal de color.

—Maldito imbécil... —farfulló. Luego sacó el pecho—. Está bien, se trataba de una estafa. Ando mal de fondos y necesitaba dinero. Por eso se me ocurrió la idea de vender a algún tonto una obra de arte que no pudiera ser contrastada.

—Y Saenger la realizó, según tus indicaciones.

—Era un excelente artesano, Steve.

—Sí, pero lo mataste de un balazo.

—No es cierto...

—La Policía conserva la bala hallada en el cuerpo de Saenger. ¿Por qué tuviste que hacerlo, Horton? ¿Acaso no disponías de los dos mil quinientos dólares que te pidió Saenger por tu trabajo?

—Maldita sea, sí, pero el viejo imbécil me pidió luego más dinero...

—¿Más dinero? —se extrañó Muriel.

Shadbury señaló un determinado punto en la base de la obra.

—La firma de Cellini. Yo le llevé una fotografía para que la reprodujese. Entonces, él se imaginó lo que podía suceder y me pidió muchísimo más dinero.

—¿Cuánto, Horton?

—Veinticinco mil. Ni que estuviera loco se los iba a dar...

—Le diste un balazo a cambio de su silencio, pero él habló, después de muerto, porque había firmado debajo de la base, al objeto, seguramente, de cubrirse, si algún día había una investigación judicial. Horton, tú no eres entendido en arte ni cosa que se le parezca, pese a que continuamente estás blasonando de ello. Tienes una casa magnífica, pero llevas un tren de vida que no puedes soportar. ¿Cuánto pensabas conseguir?

—Seiscientos mil.

Los mismos que pensaba ofrecer Theedds, ¿verdad?

Shadbury apretó los labios.

—Creo que cometí un error al contratarte, Steve.

—Sí, porque el supuesto robo no era más que una especie de tapadera que podía dar respetabilidad a la obra de Cellini. Naturalmente, no se divulgó jamás ni los periódicos la mencionaron, pero en determinados ambientes, se sabía que alguien había robado una joya de dos millones y medio. Los posibles compradores, inevitablemente, actuarían de tapadillo, porque se suponía que la joya había entrado ilegalmente en el país. Pero ¿quién mejor que Stephen Harrenstone Bend para otorgar crédito a tu historia? Yo me deshacía buscando a joya por todas partes y mientras tú te partías de risa, sabiendo que jamás la encontraría.

—Y mientras tanto, Theedds picaría y se dejarla «desplumar» seiscientos mil dólares —intervino Muriel.

—Lo cual significa que los Garth estaban de tu parte —agregó el joven.

—Había otros tipos empeñados en encontrar la obra de arte —explicó Shadbury—. Ellos se encargaban de espantar los moscones.

—Y Theedds, cada vez, más convencido de que Cellini había realizado la joya —sonrió Bend—. Pero algunos empezaron a sospechar la verdad y hubo que quitarlos de en medio. Por ejemplo, un tal Huffin... al que liquidaste en el despacho secreto de Leinster y de donde te llevaste un saquete lleno de documentos muy interesantes.

—Algún día podían serme útiles —contestó Shadbury.

—Si pensabas dedicarte luego al chantaje, tal vez. Pero en esos documentos, seguramente, Leinster había expresado ya sus dudas sobre la veracidad de la historia.

—Steve, ¿cómo sospechaste de mí?

—Verás... Una vez mencionaste el antimonio, que es el material básico para ciertos trabajos sencillos, de poco valor.

—Lo recuerdo, pero era un detalle sin importancia, me parece.

—Sí, pero las sospechas acerca de un hecho empiezan siempre con detalles sin importancia. Luego se sigue el hilo...

—¿Qué más llegaste a saber?

—Fuiste tú mismo el que trajo aquí el cadáver de Miles Garth. Shadbury se echó a reír.

—¿Por qué iba yo a hacer una estupidez semejante?

—Desviabas posibles sospechas de otros, quizá del mismo Rom Garth. Así hacías creer que eras víctima de una conspiración, cuando eras tú mismo el que la había tramado.

—Yo no estuve en tu casa...

—La conoces bien. Has estado muchas veces y conoces perfectamente los sistemas de alarma. Por eso pudiste entrar, sin que yo me despertase. Pero Rom entró casi inmediatamente después y entonces fue cuando, por error, estranguló a su propio hermano. Luego escapó, lleno de pánico, porque Mies había hecho ruido al golpear la cañería con las esposas. Entonces, tú soltaste el cadáver y te lo llevaste.

—Si estaba esposado...

—Una vez me dijiste que sabías cómo quitar unas esposas sin usar la llave, ¿lo recuerdas?

—En resumen, has citado unas cuantas muertes, pero no hay pruebas de que yo haya matado a nadie.

—Se equivoca, señor Shadbury —dijo Muriel con voz firme—. Hay pruebas de que usted mató a Saenger. La bala encontrada en su cuerpo y que se identificará como procedente de la pistola que guarda en su casa.

—Aquí, en el bolsillo —declaró Shadbury, ebrio de ira—. No permitiré que repitan la historia a nadie...

—La señora Saenger le identificará. Llevaba la cara casi tapada por unas gafas negras, pero no se puso guantes y vio las sortijas que

lleva en la mano izquierda —añadió la joven sin inmutarse.

—Y esa misma pistola —dijo Bend—, fue la que sirvió para eliminar a Apolo.

Hubo una pausa de silencio. La mano de Shadbury temblaba perceptiblemente.

—Maldita sea, gasté casi todo mi dinero en el cheque que te entregué...

—Horton, no seas tonto. No presumas a última hora de algo que es incierto. Esta mañana llevé el cheque al Banco. Lo había olvidado... y me dijeron que no tenías fondos. Otra cosa: ¿nos crees tan tontos como para haber venido aquí sin avisar a la policía?

Shadbury se estremeció vivamente. De pronto, se oyeron pasos presurosos en las inmediaciones.

El sujeto dio media vuelta y echó a correr. Atravesó el jardín, alcanzó la tapia y trató de saltar al otro lado.

A horcajadas sobre el borde, sacó la pistola. Alguien gritó desde el exterior. Shadbury hizo un disparo.

Sonaron más detonaciones. Shadbury soltó el arma y cayó volteando hacia atrás. Se estrelló de cara contra el suelo y quedó inmóvil.

Poco después, Muriel lanzó un suspiro.

—Pobre hombre... En medio de todo, fue honrado; nos entregó el dinero...

Bend rió socarronamente. Abrió el maletín y extrajo uno de los fajos de billetes, cuya faja rompió en el acto.

El joven se quedó con el billete que había en la parte superior y soltó el resto de los rectángulos de papel, que cayeron revoloteando al suelo.

—Recortes de periódicos —dijo.

Reunió los restantes billetes y los puso en manos de la joven.

—Mil dólares, pequeña; esto es todo lo que has sacado en limpio —añadió.

—Al menos, estoy viva, que no es poco —se consoló Muriel—. Steve, dime, ¿qué le pasará a Tallulah Rouck?

—Oh, nada de particular. Era sólo una pantalla de respetabilidad, para engañar a Theedds, que fue la víctima elegida desde un principio. Crailsh-Dundee, que parecía el más interesado en comprar la joya, nunca se molestó en hacer la menor oferta.

Muriel miró un instante el grupo escultórico y luego, de un manotazo, lo tiró al suelo. La supuesta obra de arte se partió en mil pedazos.

—Así acaba la historia —dijo.

—Al contrario, yo creo que acaba de empezar —contestó él.

—¿Cómo dices, Steve?

—Ya lo verás, pequeña.

* * *

La casa empezó a llenarse súbitamente de gente. Muriel, asombrada, vio llegar a un atildado sujeto, que resultó ser el mayordomo, detrás del cual aparecieron tres mujeres más, dos doncellas y una cocinera.

Antes de que se recobrase de la sorpresa, llegó un matrimonio maduro. El hombre iba seguido por otro hombre y una joven, ambos con sendos cuadernos en las manos, anotando febrilmente todo lo que decía el primero.

La mujer empezó a dar órdenes a la servidumbre. Muriel empezó a sospechar la verdad.

Eran los padres de Steve, dedujo. El padre se dirigió a ella bruscamente:

—Usted es la nueva ama de llaves que contratamos, ¿verdad? Bien, ya puede empezar a trabajar cuanto antes...

—Perdone, señor, pero yo no...

El padre de Steve no la dejó continuar.

—Bien, bien, señorita, si tiene algo que objetar, dígaselo a mi esposa; ella es la que se encarga de los asuntos domésticos.

Bend se marchó, dejando a Muriel con la palabra en la boca. Casi en seguida, apareció otro matrimonio, mucho más joven, seguido de tres chiquillos pendencieros y alborotadores, que chillaban y reían con gran estrépito.

—Yo me voy a volver loca —dijo la joven, que no sabía a qué carta quedarse.

—Pronto saldrás de dudas —sonrió Bend, a su lado.

—Entonces, tu padre no está...

—Disfruta de una salud de hierro y rebosa energías, como habrás podido apreciar, sobre todo, después de sus vacaciones.

—Tu madre...

—Se fue con él, naturalmente.

—¿Quién es la señora joven, que tiene tres chiquillos?

—La hermana que tenía la obsesión de comer. Su marido está vivo y no se mató en un accidente de coche.

Un automóvil llegó en aquel momento y una joven pareja se apeó en el acto. Bend abrazó y felicitó a ambos. Luego se volvió hacia Muriel.

—Mi hermana pequeña y su marido, Andy Kopper presentó.

—¡La drogadicta y prostituta! —exclamó Muriel sin poder contenerse.

—¿Qué dice esta joven, hermano? —preguntó la flamante señora Kopper.

—Nada, hablaba en chino. Dice que le gustas mucho y que te felicita por tu boda con Andy.

—Había entendido otra cosa...

Bend empujó a su hermana hacia la casa.

—Anda, ve con tu marido a saludar a los demás —aconsejó.

Muriel se volvió hacia el joven.

—Me engañaste —dijo—. Tu padre no está arruinado...

—Por fortuna.

—Y tu madre no tiene que vivir de la caridad de su hermana. Y tu hermana mayor tiene un tipo encantador y tres chiquillos preciosos y un esposo que la adora...

—Pronto tendrán otro hijo más.

—Y la menor se ha casado y nunca fue lo que tú decías...

Bend abrazó a la joven con fuerza.

—Bueno, fue un pequeño engaño. Pero ahora, cuando te digo que quiero casarme contigo, soy absolutamente sincero.

—Oh, Steve, no sé qué decir... Yo aquí, con toda esta familia...

—Uno más, ¿qué importa?

—Bueno, si lo miras así...

—Lo miro desde mi particular punto de vista, pequeña.

Ella suspiró.

—Nunca podré quitarte la costumbre de llamarme así —dijo.

La voz de la señora Bend sonó repentinamente en la puerta de la casa.

—Steve, esa señorita ha sido contratada como ama de llaves y

no para que expansiones en ella tu... afecto —protestó.

—Por eso la vas a despedir ahora mismo, mamá. Si es ama de llaves en alguna parte, será en mi propia casa. ¿No es cierto, Muriel?

—¡Señora Bend, voy a casarme con su hijo! —gritó la muchacha. El señor Bend asomó, detrás de un impresionante cigarro.

—¿Otra boda? —rugió.

—Descuida, papá; ésta se celebrará según todas las reglas del arte —aseguró el joven.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.